

NAJAT EL HACHMI

**Siempre han
hablado por
nosotras**

*Feminismo e identidad.
Un manifiesto valiente
y necesario*



Pocas voces tienen tanta autoridad para hablar de feminismo e identidad como Najat El Hachmi. Más allá de su condición de hija de familia musulmana marroquí, su mundo narrativo es un mundo de mujeres. Con este conocimiento, se ha formado una opinión sobre lo que supone ser feminista hoy.

Por eso ha escrito este ensayo, para hacer hincapié en la crucial importancia de alcanzar la igualdad entre sexos en todas las culturas y etnias, y nos alerta del peligro de supeditar el feminismo a otras causas.

Un manifiesto valiente y necesario. Una denuncia a las múltiples trampas y formas de discriminación que sufren las mujeres.



Najat El Hachmi

Siempre han hablado por nosotras

ePub r1.0

Titivillus 20-04-2020

Título original: *Sempre han parlat per nosaltres*

Najat El Hachmi, 2019

Traducción: Ana Ciurans

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





Más libros, más libres

Edición conmemorativa



A la memoria de Rosa Valcárcel.

Si digo feminismo

Si digo feminismo digo libertad. No la libertad de elegir, no la libertad de consumir, no la que consiste en ponerse delante de una estantería llena de opciones y decantarse por una cualquiera, la que sea, implique lo que implique. No, cuando digo feminismo, cuando digo libertad, me refiero a vivir sin que me releguen a un segundo plano, sin que mi existencia, mi opinión, mi placer y mi dolor valgan menos que la existencia, la opinión, el placer y el dolor de mis hermanos hombres. Cuando digo libertad digo dignidad, me refiero a dejar de sentirme encerrada en la cocina, en casa, en la familia, en la religión o en la tribu. Sacudirme de encima las incontables mordazas, leyes del silencio y normas ancestrales que me limitan, que hacen que mi existencia sea infinitamente más limitada de lo que podría ser, que me relegan, una y otra vez, a ocupar un lugar sin valor, sin importancia.

Por eso feminismo, libertad, nunca será elegir la sumisión, la discriminación, un orden natural según el cual he de resignarme a ser un sucedáneo. Feminismo no es amoldarse a una libertad vigilada por las estructuras de la sociedad, cultura o religión de pertenencia ni rendirse a los pretextos que se alegan cuando levanto la voz para denunciar, o tan solo mencionar, la discriminación. Hoy por hoy, necesito reiterar la reivindicación de siempre, y no porque esta haya cambiado, sino porque lo han hecho las estrategias de quienes, pretendiendo silenciarnos, han dotado al machismo de nuevas formas, nuevas teorías, retóricas y discursos cautivadores. Sin embargo, y a pesar de su falsa apariencia, todas van a parar al mismo lugar de siempre: la perpetuación del antiguo orden, que antes se consideraba natural, según el cual no solo aceptamos la sumisión, sino que la defendemos como rasgo identitario, cultural y religioso.

En las páginas siguientes explicaré el machismo concreto del que provengo y de qué manera se ha ido transformando en teorías aparentemente feministas. Es decir, explicaré lo que es y siempre ha sido obvio para volver a desmontar, todas las veces que haga falta, este nuevo envoltorio con el que pretenden vendernos las normas rancias del patriarcado. Volveré a decir feminismo para seguir defendiendo una libertad completa, sin restricciones ni sometida a vigilancia.

Alzar la voz, el paso más difícil

Todavía hoy, cuando escribo para opinar sobre temas relacionados con mi origen, con mi condición de hija de una familia musulmana marroquí, me tiemblan las manos, tecleo con miedo de ser castigada, una vez más, por romper el silencio que me han impuesto desde pequeña. Sé que puede parecer extraño porque llevo años abordando estos temas tanto en el ambiente protegido de la ficción como en charlas, entrevistas, artículos de opinión y conversaciones privadas; de hecho, suelen decirme que soy valiente al hacerlo, pero eso no significa que no tuviera miedo la primera vez que escribí sobre lo que no se podía decir y que no lo tenga cada vez que vuelvo a tocar el tema de la violencia, la opresión y la injusticia en la que crecí y en la que crecieron las mujeres a las que más he querido. No hablo de estos temas con la intención de hacerme la valiente, lo hago para sobrevivir.

Durante muchos años, la escritura fue el único instrumento que tuve a mi alcance para no sucumbir del todo, para no rendirme a los embates del machismo. Todavía no he podido quitarme de encima la sensación de que estoy quebrantando alguna norma cuando rompo el silencio que me impuso la ley del padre. No hables de eso, no lo cuentes, no comentes según qué cosas y qué maneras de concebir la condición de la mujer. Este mutismo es uno de los pilares fundamentales de la educación que hemos recibido de manera constante a lo largo de toda la vida. Aunque parezca mentira porque vivimos en una sociedad moderna, occidental y democrática en la que la igualdad de derechos es una realidad legal y existe una conciencia feminista creciente, a las mujeres como nosotras (hijas de la inmigración musulmana) todavía nos cuesta Dios y ayuda levantar la voz en la esfera pública para denunciar el machismo en el que hemos crecido. Nuestro miedo no es infundado: el temor a ser rechazadas, expulsadas de nuestro grupo de origen, está más que justificado. Si alguna de nosotras se atreve a levantar la voz para denunciar el sistema ferozmente discriminatorio en el que hemos vivido y hacer un memorial de agravios tanto de nuestras vidas como de las vidas de las mujeres con las que hemos convivido, sabe con certeza que la reacción más probable será la expulsión sumaria, con mayor motivo si se tocan temas tan delicados como la sexualidad o la religión. Si el mero hecho de pedir la palabra para expresar — o hacer constar, tan solo— todas las injusticias que las mujeres hemos sufrido se considera un acto subversivo de por sí, para los *nuestr*os ese atrevimiento está visto como una traición a la familia, a la tribu, a la patria y, sobre todo, al islam. Armarse de valor para denunciar públicamente cuáles son los mecanismos que nos han relegado a la condición de ciudadanas de segunda, después de haber tomado distancia para identificarlos, es una rebelión intolerable que merece todos los castigos terrenales y divinos.

Estaba acostumbrada a sentir esa presión por parte de los que todavía creen que la lealtad al propio origen está por encima de cualquier otra consideración, que el islam es la religión verdadera y que por eso debe defenderse de un ambiente hostil. Ya me había habituado a las críticas de los que querían que el orden establecido permaneciera inalterado. No me sorprendían sus críticas ni los sermones histéricos de los barbudos que clamaban contra la liberación de las mujeres. Pero no estaba preparada para el escenario actual en que las chicas más jóvenes, en vez de unirse a la lucha contra el machismo imperante, se suman al adoctrinamiento religioso, se apuntan a las versiones reaccionarias que quieren frenar el progreso de las mujeres y alzan la voz para defender, en nombre de la pertenencia identitaria y del esencialismo religioso, esos elementos objetivamente nefastos para nuestra dignidad. Y por si fuera poco, los imanes desde las mezquitas y las hijas alienadas en las redes sociales no son los únicos que nos instan para que asumamos la condición de subalternas, sino también la izquierda, que de un tiempo a esta parte ha caído en la trampa del relativismo cultural y ha empezado a reivindicar acríticamente todo aquello de lo que hemos huido y por lo que hemos pagado un precio altísimo.

Leí libros feministas durante años y nunca se me ocurrió pensar que las ideas que contenían no eran para mí. Devoré a autoras a las que ahora tachan de *occidentales*, de *blancas*, y a otras de mi misma *procedencia* —otra vinculación que también está llena de trampas, puesto que si lo que se impone a la hora de defender una posición determinada es lo que somos y no lo que decimos, yo me vería obligada a descartar la obra de una burguesa como Fatima Mernissi, que guarda poca relación con el mundo rural y empobrecido del que provengo— para intentar comprender cómo resolvían el malestar que, como mujer, yo misma había experimentado. Nunca pensé que aquellas ideas eran exclusivas de algunas mujeres y que no se podían aplicar a las que procedemos de otras culturas o religiones.

Sin embargo, resulta que ahora en las entrevistas me preguntan si de verdad soy feminista viniendo de un país no occidental y habiendo nacido dentro del islam, como si de repente se hubiera impuesto una separación entre las mujeres a la hora de hablar de feminismo. «¿Es usted realmente feminista?», me preguntan, «¿se siente representada por el feminismo actual?» Miro a mis interlocutores y tengo la impresión de que estoy fallando en algo, de que debería añadir un adjetivo a mi posición para matizar y explicar cuál es mi feminismo. Hasta ahora no se me había ocurrido. Siempre que decía feminismo, siempre que decía machismo, creía que me estaba refiriendo a todas las mujeres, tenía plena conciencia de que la vulneración de nuestros derechos es un fenómeno universal contra el que hay que luchar desde cada una de las esferas en que nos movemos.

Como escritora debo luchar contra las interpretaciones machistas de las obras escritas por mujeres, denunciar nuestra invisibilidad y señalar la escasa presencia de las mujeres en los medios de comunicación, órganos de poder del mundo de la cultura, debo denunciar sin tregua todo lo que me condiciona y no condiciona a mis compañeros varones, no debo olvidar que si el machismo se perpetúa y el feminismo tiene que ser explicado una y otra vez, como si cada generación empezara de nuevo, se debe, en parte, a que en las plataformas más influyentes de difusión del pensamiento todavía impera, de forma más o menos explícita, el antiguo orden discriminatorio.

Como trabajadora en una fábrica, mis preocupaciones no tenían nada que ver con las que tengo como escritora, pero la raíz profunda de ambas es la misma. Como trabajadora tuve que

defenderme del acoso sexual en el ámbito laboral, descubrí que las limpiadoras cobrábamos menos que nuestros compañeros por el mismo trabajo, vi con mis propios ojos que existía un sistema expresamente establecido para impedir el ascenso de las mujeres, y cómo los hombres entraban directamente de encargados mientras que nosotras seguíamos siendo trabajadoras de base sin ninguna oportunidad de ascenso. A pesar de que en nuestros carnets de identidad constaban nacionalidades diferentes, las mujeres descubrimos, en la fábrica, que nunca habíamos sido tan iguales.

En pareja tuve que sortear los intentos de controlar mi libertad en nombre del amor, tuve que velar por mi propia sexualidad, tuve que reivindicar el valor de mi trabajo y la distribución de las tareas domésticas.

Hasta hace poco había creído que la lucha se concreta de manera diferente en cada ámbito, pero el objetivo final siempre es el mismo. ¿En qué momento el debate feminista pasó de centrarse en los mecanismos de discriminación, de señalarlos y denunciarlos, a ser una disputa por la representatividad? ¿Debo alzar la voz en la esfera pública para acusar a las *feministas blancas occidentales* de no hablar de mí en vez de aprovechar ese espacio para abordar en primera persona el machismo, para enviar un mensaje claro a *nuestros* hombres, que todavía no se sienten interpelados por el feminismo porque nadie les ha hablado directamente del tema?

Pero hay algo todavía peor que esta extraña disputa que me excluye del feminismo universal y me exige que organice uno particular, y es el cambio que se ha producido en los debates públicos en relación a lo que se conoce como «mujer musulmana». Leo en titulares de la prensa, artículos de opinión, libros y afirmaciones expresadas en toda clase de medios de comunicación que el sujeto conocido como *mujer musulmana* debería reivindicarse como feminista islámica, que dado que el *feminismo blanco* es opresor y colonizador, a nosotras nos corresponde abrazar un pensamiento descolonial que, en este caso, es de raíz islámica. Las defensoras de esta postura no solo no levantan la voz contra el patriarcado religioso y político del que venimos, un patriarcado que ha condicionado profundamente nuestras vidas y que se afana por imponerse también en Europa, sino que reivindican que debemos abrazar el islam como hecho fundamental de nuestra identidad de mujeres. Los principios universales de la Ilustración se consideran ahora etnocéntricos, colonizadores y un mecanismo de dominación, así que tenemos que inventarnos otros propios de nuestra cultura y nuestra religión.

Es difícil no tropezar con titulares como «el feminismo islámico no es un oxímoron, es una redundancia», «las mujeres musulmanas no estamos oprimidas en absoluto», «el feminismo es islamófobo» o «el pañuelo me hace libre».

Hace tiempo que asumí mi propio legado patriarcal, que lo superé como pude, pagando un precio personal muy elevado. Así que creía que podía dedicarme a escribir tranquilamente mis novelas, limitarme a dar mi opinión sobre estos temas en los periódicos, y, en todo caso, que podía mantenerme alejada de la religión y del machismo porque ya los había dejado atrás. Creí que solo era cuestión de tiempo y de educación que la siguiente generación de mujeres alzara la voz contra la injusticia de la que provienen. Sin embargo, son cada vez más frecuentes las jóvenes confundidas que no saben a qué aferrarse para defender sus derechos y las que, absolutamente empapadas de retórica islamista, introducen la religión en el debate público y la utilizan como un instrumento para hacer política. En algunos casos, el nivel de resentimiento es tan elevado que llegan a defender con virulencia un mundo que apenas conocen y al que no volverían ni muertas,

por no mencionar a las mujeres que se han convertido al islam, que se dedican a reivindicar las maravillas de un sistema religioso que nunca han vivido o que han vivido de lejos.

En cambio, silenciadas, en un rincón escondido de la sala, hay chicas que son plenamente conscientes de la opresión que sufren y que malviven sobreponiéndose a las diferencias entre ellas y sus hermanos, a la presión feroz que se ejerce sobre su sexualidad y sus cuerpos y a la limitación de sus libertades. No se atreven a decir nada delante de unas *hermanas* orgullosas y seguras de sí mismas, que defienden la religión, niegan o edulcoran la realidad y reclaman que se respeten los rasgos culturales de un supuesto colectivo —o, peor aún, comunidad— en cuyo nombre se erigen como portavoces. Cuando observo a esas chicas, temerosas de manifestar una opinión contraria a la de la mayoría, me quedo de piedra, porque no cabe duda de que hemos retrocedido y de que las viejas leyes del padre vuelven a dirigir nuestro comportamiento. En pleno auge del feminismo mundial, en pleno estallido de las reivindicaciones de las mujeres, a algunas de ellas se las insta a respetar los límites de la propia tribu. Por lo que parece, a ellas no les ha servido de nada emigrar, vivir en una sociedad democrática e igualitaria, porque entre imanes, mujeres resentidas e izquierda relativista les han importado la tribu entera, una tribu en la que imperan las normas del patriarcado más primitivo.

La cortina en medio del patio

Es un recuerdo muy lejano. Estamos en la casa de al lado, donde se celebra la boda de un primo de mi padre. En la parte superior del patio han colgado una tela que lo divide de punta a punta. A un lado están los hombres: ruido, ajeteo, gritos, voces en el aire y un escenario que espera la aparición de las bailarinas y los músicos. Al otro lado de la tela están las mujeres: calladas, sentadas sobre las mantas que las jóvenes de la familia han dispuesto junto a la pared. Han llegado hasta esta parte del patio recorriendo una especie de pasillo hecho también de telas desde la puerta principal. Han accedido al patio caminando en silencio, tapadas, disimulando la ropa brillante y estampada que lucirán delante de las demás mujeres cuando ningún hombre pueda verlas y se quiten la chilaba de color neutro. Caminan con la cabeza gacha, no vaya a ser que su mirada se cruce con la de algún desconocido. Los hombres que se consideran decentes y honrados tampoco pueden mirar a las mujeres ajenas. Todas las mujeres casadas son mujeres ajenas, y eso significa que deben resguardarse, taparse, ocultarse ante la presencia masculina. Entran con sigilo y cruzan el patio como fantasmas que se deslizan entre las telas. Dicen «chis» a cada momento y evocan el famoso dicho: «Que tu voz nunca se oiga más allá del umbral, que los desconocidos nunca sepan si en casa hay mujeres o no, que no puedan ni imaginar el sonido que emite tu garganta». Por eso no dejan que los desconocidos les hagan fotos. Tampoco las desconocidas. Vete tú a saber qué harán con ellas, quién observará sin recato alguno el retrato de una mujer casada, la imagen de una mujer decente. No, no me saquéis fotos, yo no soy una mujer pública, no soy una cualquiera.

Los niños somos privilegiados porque correteamos de un lado para otro, levantamos la cortina y miramos lo que pasa en la zona de la diversión, en el terreno vedado a nuestras madres, abuelas, tías y primas. Algunas de ellas no se pueden contener y entreabren las cortinas en el punto donde se tocan para espiar el misterioso mundo de *fuera*. Toman todas las precauciones para que no las descubran y su fisgoneo pase inadvertido. Y, esta vez, encima tienen que estar agradecidas porque podrán disfrutar del concierto en vivo y en directo. La música traspasa todos los velos, todas las cortinas que se interponen entre ellas y las ganas de disfrutar, la diversión despreocupada en público. Sí, el mundo de fuera pertenece a los hombres y el de dentro a las mujeres, siempre y cuando ellos no estén presentes.

Ellas también se divierten, cantan, bailan, gastan bromas y se desgañitan a fuerza de ensordecedores gritos guturales, *yu-yus* estridentes, indomables. Quién sabe si esos gritos no son una venganza de las mujeres por haberles impuesto tanta discreción, tanto silencio. No hay nada más femenino, nada que demuestre más su presencia, que ese grito casi inhumano que escapa a

todas las restricciones. Las mujeres saben pasárselo bien pese a esta estructura salvaje y represiva. Encuentran la manera de eludir el control social, han preservado sus propios espacios, donde exhiben sus dotes de cantantes y bailarinas, la sensualidad que siempre debe quedar relegada de puertas para dentro. Se mueven impúdicas y comparten cantos de amor y desengaño, a pesar de que el amor, el deseo y el goce son terreno exclusivo de los hombres.

Pero esta es la boda de uno de los hijos de la casa, y por ello predominan los invitados masculinos. Han llamado a un grupo de músicos, algo inconcebible en una celebración femenina. Las dos fiestas, la del novio y la de la novia, no coincidirán hasta el tercer día. El segundo día, los hombres ocupan el patio y bailan al ritmo de los panderos y los laúdes, y, sobre todo, miran embobados a las mujeres de piel blanca que han salido de la habitación del novio. Sus carnes abundantes se mueven de una manera que hipnotiza, como nunca hemos visto los niños que las observamos. Llevan trajes tradicionales, pero con escotes generosos, mangas cortas abullonadas, cinturones dorados y pañuelos con flecos ciñéndoles unas nalgas que mueven sin parar. Tienen las manos teñidas de henna y los labios pintados de rojo intenso. Y el cabello suelto, sin velo. Algunas lo llevan corto, otras lucen un flequillo. Baten palmas, cantan y bailan, sacuden sus melenas oscuras y lisas. Representan la encarnación de todo lo prohibido, la desinhibición, la provocación del deseo masculino y la desvergüenza. Este es, sin lugar a dudas, su rasgo más abyecto: no solo se exhiben de esta guisa delante de desconocidos, sino que además no les importa hacerlo. Son bailarinas, pero a las niñas ya nos han enseñado que esa palabra es sinónimo de prostituta. Por eso damos por descontado que, después de acabar el concierto, entrarán en la habitación del novio y harán otro *trabajo*. Mientras tanto, al otro lado de la cortina, las mujeres honestas, las casadas, las recatadas, las decentes, siguen espiando con un ojo entre las telas.

Han pasado muchos años de ese recuerdo, pero la carga simbólica de la prisión de tela en la que las mujeres estaban relegadas, el velo que debía ocultar nuestra presencia, sigue en vigor a pesar de los grandes cambios que la sociedad marroquí ha experimentado en las últimas décadas. Es un velo que cambia, que se transforma y se adapta con astucia a los nuevos contextos. Sus defensores han aprendido a darle un barniz cautivador, pero aunque ha ido cambiando hasta adquirir un aspecto nuevo, en realidad representa la misma estructura de siempre: la que impide que denunciemos la desigualdad, la que coarta nuestra libertad y limita nuestros pasos, conquistas, ideas y pensamientos en el mundo exterior, nuestras vidas en su totalidad.

El velo nos persigue más allá de nuestras fronteras, hasta los países del norte donde la ley del padre no impera desde hace tiempo, y se reorganiza articulándose de mil maneras diferentes en tierras ajenas a la tradición, la religión y el concepto de vergüenza. A nosotras, que creíamos haber dejado definitivamente atrás la cortina que silenciaba las voces de nuestras madres, el velo nos ha perseguido hasta donde no es ley, costumbre, tradición ni religión poderosa que frena cualquier intento de cambio.

Creíamos que el tiempo soplaba a nuestro favor. Ya entonces, a finales de los ochenta, había mujeres que, tras las cortinas o no, decidían soltarse el pelo, se lo rizaban con una mezcla de agua y azúcar, querían parecerse a cantantes como Najat Aatabou o a las actrices del cine egipcio. También había chicas que entraban en la universidad contra viento y marea, y que, pisando fuerte unas calles que hasta ese momento les habían sido prohibidas, soportaban el escarnio de ser pioneras en conquistar un mundo que, les decían, no les pertenecía. Estudiaban, trabajaban, viajaban, llevaban pantalones, se cortaban el pelo, querían decidirlo todo sobre sus cuerpos y sus

vidas. Mujeres que desafiaban normas ancestrales convencidas de que la modernidad era el único camino posible para su liberación. Convivían con entornos en los que sus madres, abuelas, hermanas y amigas, algunas veces por atraso y falta de cultura y otras por encontrarse en zonas rurales, casi siempre por falta de oportunidades, seguían ocultándose detrás de las cortinas. Con todo, traficaban con píldoras anticonceptivas, admiraban a las que conducían, se movían libremente y empezaban a quejarse del destino implacable que les había tocado en suerte. Hablaban de amor y buen trato, de la necesidad de reivindicar su propia dignidad.

La cortina del patio adopta formas muy diferentes. Es una segregación del espacio que nos imponen en todas partes. Fijaos si no en cuántas mujeres hay tomando tranquilamente un café en una terraza. El velo es el matrimonio y la maternidad como destino final, la concepción del trabajo remunerado fuera de casa como un privilegio, un lujo o una necesidad de las que no tienen nada, es decir, de las que no tienen un hombre que las mantenga como es debido. El velo es que el trabajo de las mujeres no esté pagado ni reconocido, a pesar de que sean ellas las únicas que bregan todo el día. El velo es todas las dificultades a las que tienen que enfrentarse las que deciden seguir estudiando después de la educación básica. El velo es la presión que se ejerce sobre nuestros cuerpos desde que somos pequeñas y nos dicen «ten cuidado, cúbrete, no te exhibas delante de los hombres, no les des la espalda, no te agaches en su presencia». Es la ansiedad que provocan nuestros cuerpos cuando se transforman y aparecen los atributos capaces de ocasionar el desorden. También es velo la membrana tierna que tenemos entre las piernas y que en la noche de bodas tenemos que demostrar que está intacta, la sangre como prueba irrefutable de nuestra honra, la castidad como bien máspreciado que la vida, más importante que cualquier otra cosa. Y es deber femenino, por supuesto, preservar esa *flor*, el distintivo de tu condición inmaculada. Las estrenadas, las usadas, las de segunda mano, forman parte de la categoría de las peores, las prostitutas. Lo que tienes entre las piernas es lo único que indica lo que vales como persona.

El velo también es no poder tener relaciones, pues una mujer en compañía de un hombre con el que no se casa es una cualquiera. El velo es la inquietud que provocas si pasas de los veinte y sigues soltera, si tienes más de dieciocho y aún no te has casado, si ya has cumplido los dieciséis y vives en la casa paterna. Porque, ya se sabe, tener en casa a una chica soltera es como tener una bomba de relojería. Por eso el velo, el de verdad, no el simbólico, a veces acabas poniéndotelo por voluntad propia, para protegerte de tanta presión.

Desde hace unos años, la situación aquí, en tierras de democracia e igualdad, no es muy diferente. El machismo desacomplejado en el que habíamos vivido nosotras y nuestras madres, el que no solo se manifestaba abiertamente, sino que se consideraba guardián de un orden natural, nos ha seguido hasta Europa. La familia sigue educándonos con más firmeza que a los chicos, todavía nos censuran, nos maltratan, nos destierran cuando nos atrevemos a denunciar la discriminación. En los oratorios todavía nos sermonean acerca del peligro que suponemos para el orden público. Siguen diciéndonos que nos tapemos, que no salgamos de noche, que nuestros objetivos principales en la vida son el matrimonio y la maternidad, y que debemos ser obedientes porque así lo imponen la tradición, la cultura y el libro sagrado que gobierna la vida de nuestro colectivo. La cortina del patio nos ha perseguido hasta aquí, y ahora es el padre quien impone su dominio de manera más férrea: no podemos ir de excursión, hacer natación ni seguir estudiando más allá de cierta edad. No somos libres de salir, de elegir a nuestra pareja ni de hacer lo que

buenamente queramos con nuestras vidas. La cortina es poner en duda todas y cada una de nuestras demandas de igualdad y amenazar con expulsarnos continuamente.

El velo simbólico lo imponen los hombres de toda la vida en nombre de la tradición, del honor y de la preservación de las costumbres de la tribu. Con mayor motivo en tierra extranjera, donde las chicas tienen a su alcance muchos instrumentos para abandonar el camino correcto, donde las leyes les otorgan derechos que no tenían en origen, donde las tentaciones son enormes y podrían empujarlas a pretender la misma libertad que las *otras*. Así, ante el peligro de que las chicas criadas en Europa rompiéramos sin miramientos todas las normas de sumisión que nos han inculcado, han aparecido nuevos discursos, velos que se presentan como nuevos y que no son más que transformaciones de las viejas, antiguas y rancias normas de conducta. Tienen aspecto de pensamiento contemporáneo, moderno, y un lustre de novedad que desafía los mecanismos del poder, pero, de hecho, no son más que nuevos disfraces de la ley del padre.

En nombre de la conservación de la identidad, del respeto por la diversidad, de la recuperación de una cultura primigenia anterior a la influencia maléfica y colonizadora de Occidente, han nacido nuevos velos, que ya no se difunden a través de los viejos esquemas de los patios separados, sino de las modernidades más cautivadoras. No solo se han acallado las voces que denuncian el malestar de siempre, sino que han aparecido nuevas voces que niegan su existencia o lo defienden como una característica propia. Defiendo cubrirme con el velo aunque mis hermanos no lo hagan porque esa es mi identidad, defiendo limitar mi vida aunque a mis hermanos nadie se la limite, reivindico el velo simbólico que ha condicionado la vida de generaciones de mujeres y niego la necesidad de reclamar también para mí toda la libertad de la que disfrutaban algunas mujeres en el resto del mundo porque debo preservar, proteger y reivindicar lo que soy. Y no solo acepto esos mecanismos de dominación ampliamente conocidos y descritos, sino que también niego su existencia. Me aferro a la religión, a la cultura, al racismo, llamado ahora islamofobia, para vestir de gala y embellecer con una infinidad de filtros en las redes sociales la antigua cortina en medio del patio.

Ser o no ser una mujer musulmana

Nacimos musulmanas, es innegable. Como nacimos mujeres. Al igual que cualquier otro rasgo cultural, la religión también es una construcción, un artefacto concebido por los hombres para dar sentido a la vida. Como las demás religiones, el islam es un sistema de normas, de maneras de entender la vida, de leyendas, historias, mitos fundacionales, prácticas y tradiciones que regulan la vida de sus fieles. Es, por descontado, diverso y variado a lo largo de su inmensa geografía. De punta a punta de *Dar al-Islam* la gente tiene lenguas diferentes, culturas preislámicas que han sobrevivido hibridándose con la religión de Mahoma, maneras de entender el mensaje divino que varían sustancialmente de un lugar a otro. No obstante, todo el islam posee una característica inmutable: su animadversión por las mujeres, su misoginia estructural.

Nacimos mujeres y musulmanas porque encontramos un contexto en el que todos lo eran. No le dábamos más importancia que al hecho de hablar un idioma en vez de otro o de vestir de una manera en vez de otra. Incorporábamos las normas que nos transmitían sin ponerlas en duda, que es lo que pasa siempre que se recibe una tradición cerrada en sí misma que no se somete al escrutinio del orden ciudadano, es decir, a la educación, el libre pensamiento y la cultura. En los pueblos y las ciudades nos despertaba la voz ronca del muecín, banda sonora de cualquier infancia musulmana. Los viernes los hombres asistían a la oración vestidos de domingo —de viernes—, durante el mes de Ramadán ayunábamos desde el alba hasta la puesta de sol, la carne que comíamos procedía de animales degollados en dirección a La Meca mientras se pronunciaban las palabras sagradas. Había que rezar cinco veces al día después de haber hecho las abluciones rituales, y no podíamos comer cerdo ni beber alcohol, aunque tampoco teníamos acceso a ellos, de manera que la prohibición no nos afectaba. No podíamos tener relaciones sexuales antes del matrimonio, sabíamos que no podíamos casarnos con hombres que no fueran musulmanes, aunque tampoco teníamos la oportunidad de relacionarnos con ellos. Como mujeres, nuestro destino era el matrimonio y la maternidad. También lo era para los hombres, pero a ellos se les toleraba que tardaran mucho más en cumplir con el precepto del matrimonio. Se los animaba a *jugar* mientras buscaban a la mujer adecuada a pesar de que esa conducta no está amparada por ninguna norma islámica; ahora bien, cualquier mujer que permitiera que *jugaran* con ella era una puta que pasaba a formar parte, de forma irrevocable, de la parte más baja de la escala social.

El honor lo impregnaba todo aunque no se admitiera explícitamente. Las mujeres éramos sus depositarias, las que debíamos demostrar con nuestra conducta si éramos o no como había que ser y, aún más importante, nuestro comportamiento era la prueba del valor de nuestra familia. El honor de los hombres residía en nuestros cuerpos, nuestra sexualidad y nuestro comportamiento. Desde

pequeñas, la manera de hablar, de vestir, de hacer las labores de casa, de guardar las formas y de mantener una actitud recatada en público eran la prueba del algodón de la capacidad de los hombres que mandaban sobre nosotras de mantener el orden establecido. Nosotras éramos las principales depositarias de ese algo indefinido y abstracto que era *las cosas como deben ser*. Lo recibimos todo a la vez y mezclado: religión, costumbres, cultura, tradición, etcétera. No íbamos al colegio ni teníamos acceso a los libros fundacionales de la religión de nuestros padres, por lo que no podíamos saber si lo que nos contaban formaba realmente parte del mensaje presuntamente revelado por Dios o bien era una tergiversación. Porque ante la actitud salvaje de algunos de nuestros hombres, ante la injusticia flagrante, el maltrato, el menosprecio, la violencia, la segregación y la consideración de personas de segunda, ante todo ese destino lleno de fatalidades en el que veíamos deslomarse día tras día a nuestras madres mientras ellos se tumbaban sobre cojines mullidos, ante la condena de encadenar embarazos, de no ser más que un cuerpo al servicio de las necesidades de los hombres —primero el padre, después el marido y más tarde los hijos—, ante la sensación de estar completamente desamparadas, le rezábamos a Dios y a los santones y les pedíamos misericordia. Cuando el sufrimiento nos vencía, invocábamos al ser superior, y si este último nos daba un poco de tregua, le dábamos las gracias. Nunca nos paramos a pensar que Dios, si era el ser supremo y poseía la facultad de hacer su voluntad, no tuviera a bien concedernos alguna gracia.

No, no nos dieron los instrumentos necesarios para llegar a esa clase de conclusiones, para poner en duda la existencia de Dios basándonos en el sufrimiento en que vivíamos solo por ser mujeres dentro de un sistema concebido por ese mismo Dios. La capacidad de salir del marco cultural que heredamos y ponerlo en cuestión es algo que se desarrolla con la educación, con una educación laica que somete este orden a otro que va más allá de las creencias personales de cada individuo, a un orden que coloca en su centro a las personas y sus derechos en vez de la figura de un ser cuya existencia nunca se ha podido demostrar y que ha servido para justificar e imponer órdenes injustas y alienantes a lo largo de los siglos.

No, nosotras no podíamos hacer otra cosa que suplicar piedad a ese Dios que permitía que los hombres se comportaran injustamente, pedirle, al final de las oraciones, que velara por nosotras y por las almas de las que ya no estaban. Porque, eso sí, de la existencia del cielo y del infierno nos hablaron desde pequeñas a pesar de no ir ni al colegio ni a la madrasa. «Irás al infierno» era la amenaza constante por mala conducta. El infierno era para los asesinos, los ladrones, los estafadores y los malos malísimos, pero también para las mujeres poco recatadas, las de conducta abyecta, las que se rebelaban contra las leyes del padre, las que se indignaban contra las injusticias y las que defendían su dignidad. Como mujeres, no había que esforzarse mucho para ir al infierno, nosotras teníamos más números para acabar entre las llamas que un psicópata sanguinario. Un hadiz (las narraciones o dichos del profeta compilados por sus contemporáneos) del propio Mahoma lo sentencia de la manera siguiente: «Miré al paraíso y vi que la mayoría de sus habitantes eran pobres. Miré al infierno y vi que la mayoría de sus habitantes eran mujeres». Cuando le preguntaron a qué se debía esa casualidad estadística, respondió: las mujeres son unas ingratas que no agradecen a sus maridos lo bien que las tratan. Además, nuestra fe es débil (confieso que la mía lo es), puesto que el testimonio de una mujer vale la mitad que el de un hombre y no podemos rezar ni ayunar durante la menstruación y el puerperio. Que quien haya establecido que nuestro testimonio valga menos y que se nos considere impuras cuando sangramos

sea el islam no parece ser relevante para el profeta. Establece que somos de segunda y después argumenta que somos peores musulmanas porque somos de segunda. Es curioso que el machismo sea tan universal con respecto al tema: las mujeres somos malas por naturaleza, llevamos el veneno de la serpiente en nuestro ADN, y solo una educación escrupulosamente represiva consigue domesticar nuestra esencia malvada. En este punto, las tres religiones monoteístas, no sabemos si plagiándose las unas a las otras, siempre han coincidido.

El caso es que nacimos musulmanas y esa fue la forma en que se estructuró el machismo en nuestras latitudes. En otros lugares, el supremacismo de los hombres se presenta de otras maneras, pero, en el caso de las mujeres que nacimos en el islam, el machismo concreto se articula férreamente en los mensajes de un predicador que vivió hace más de mil cuatrocientos años y que afirmaba recibir directamente de Dios las palabras que acabarían configurando el texto fundamental del islam, el Corán. Se supone que Mahoma era analfabeto, y a pesar de eso fue capaz de leer la palabra de Dios, qué gran milagro. Por eso, la primera sura del Corán empieza diciendo: ¡Lee! Y es la única frase que suscribiría de todo el texto. Lee las fuentes historiográficas que ponen en duda el milagro de la revelación, lee los libros de otras religiones del entorno en que vivió Mahoma y dime si no son sospechosamente parecidas, lee su vida y niega que más que un enviado de Dios fue un político, explícame qué ciencia puede establecer con certeza que fue ese ser supremo el que dejó el cúmulo de contradicciones, historias y normas absurdas que es el Corán, un auténtico despropósito como instrumento para regular todos y cada uno de los aspectos de la vida cotidiana de cualquier ser humano y la propia existencia, pasable solo como texto literario. Ahora bien, como tantos otros despropósitos de la historia de la humanidad, es aceptado y asumido como verdad por millones de personas de todo el mundo, millones de personas que lo transmiten a sus hijos y se lo inculcan como una marca indeleble de su configuración como persona, hasta el punto de que acaban creyendo que el islam es su identidad. Lo sé muy bien porque a mí también me educaron así y creí durante mucho tiempo que la religión era una parte intrínseca de lo que soy. Hasta que el feminismo me obligó a reconsiderarme como mujer, a reexaminar los esquemas culturales que habían determinado mi lugar de segunda en la sociedad de la que provengo.

Nacimos musulmanas y no teníamos ninguna conciencia de ello, no discutíamos ni debatíamos acerca de lo que significaba ser o no una buena seguidora de Mahoma porque a nuestro alrededor no había nada más que lo que éramos nosotras. No se podía ser otra cosa. Como mucho, un mal practicante, pero ese era un privilegio reservado a los hombres, que seguían siendo musulmanes aunque bebieran alcohol y fornicaran con quien quisieran y cuando quisieran, aunque se salieran del recto camino de la religión. En cambio, si las mujeres hacíamos lo mismo nos expulsaban de la comunidad. Y también por mucho menos. Si coqueteábamos, si seducíamos, si no nos vestíamos con discreción. Cualquier cosa que hiciéramos para provocar el deseo nos convertía en unas fornicadoras. Nosotras, no ellos, éramos las responsables del deseo de todos los hombres del mundo. Se ve que no tienen ningún dominio sobre sus pulsiones, sobre su conducta, y no pueden evitar sentirse perturbados por una mujer con la cabeza descubierta —que es una mujer desnuda—, maquillada, con ropa ceñida, una mujer que se muestra abiertamente.

Por todo ello, no fuimos plenamente conscientes de nuestra *identidad* islámica hasta que no reclamamos nuestros derechos como mujeres, pues, como decía justamente Rosa Luxemburgo, el que no se mueve no nota las cadenas. Empezamos por querer que nos trataran bien, y nos citaban

la religión para recordarnos que obedecer a nuestros maridos, a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los hombres, era un deber esencial porque Dios había establecido ese destino para nosotras. Insistíamos en pedir que nos respetaran, que cesaran la violencia, el desprecio, las normas salvajes que solo se nos aplicaban a nosotras, y entonces nos dijeron: «si seguís por este camino, dejaréis de ser musulmanas, no seréis consideradas buenas musulmanas». Y así fue como empezó el chantaje de la pertenencia: o acatas las leyes del padre o no eres de los nuestros. Exactamente lo mismo que les pasó a las primeras feministas en tierras occidentales: las expulsaban de la categoría de mujer porque reclamaban sus derechos. ¿Qué clase de mujer eres si reclamas la igualdad entre hombres y mujeres, cuando lo que os ha caracterizado desde siempre es vuestra condición de subalternas?

Lo mismo nos dijeron cuando quisimos ir al colegio a aprender a leer y a escribir, estudiar, educarnos y hacernos una idea del mundo que abarcase algo más que la porción de cielo que se veía desde el patio de casa. Los hombres se sacaron de la manga que el islam también prohibía la educación de las niñas, algo que ni siquiera han sostenido las corrientes más retrógradas, pero cuando no sabes leer ni escribir es más fácil engañarte recurriendo a Dios. Si la verdadera palabra de Dios ha establecido que mi testimonio vale la mitad que el de mi hermano, que heredaré la mitad que él, que le debo obediencia a mi marido, ¿por qué no añadir que a las mujeres se les prohíbe salir de casa, trabajar a cambio de un sueldo, acceder a la educación, conducir, tomar anticonceptivos y todo lo que sea necesario para limitar su autonomía? Si una religión ya lleva incorporada desde su base la discriminación hacia la mitad de la humanidad — ¿qué religión no la lleva?—, ¿por qué no añadir normas inventadas por los hombres contemporáneos y hacerlas pasar por ancestrales? Bien mirado, teniendo en cuenta lo machista que es Dios, seguro que estaría de acuerdo aunque no se haya expresado de manera explícita sobre cuestiones muy posteriores a la aparición del islam.

Por todo lo dicho, son ustedes, señores musulmanes machistas, quienes nos han puesto en bandeja que cuestionemos su propia religión. Es su pulsión castradora y controladora la que ha permitido a las mujeres ver que las cartas estaban marcadas. Cuando era adolescente, me encaraba con mi padre para reclamar mi derecho a trabajar y lo justificaba apelando al hecho de que la primera esposa de Mahoma era una mujer de negocios, y él me respondía que eso daba igual. La experiencia no me sirvió para rescatar el *verdadero islam*, ahora tan en boga en algunas corrientes de pensamiento, sino para constatar con qué facilidad se pueden establecer sistemas enteros de normas para someter a las mujeres. No querían que accediéramos a la educación porque temían que eso nos abriera los ojos a la absurda realidad en que vivíamos, y no nos dejaban trabajar para que no alcanzáramos la autonomía necesaria para vivir como nos diera la gana. Esta es la gran amenaza que representan las mujeres que reclaman sus derechos: que logren escapar del esquema en el que las han educado, donde son perdedoras de por vida.

Cuando empezamos a tocar los límites de nuestro pequeño mundo de mujeres y fuimos conscientes de nuestra condición de musulmanas, cuando nos movimos, oímos el ruido metálico de las cadenas. Fue entonces cuando nos amenazaron con expulsarnos de la casa del islam. ¿Qué quieres?, ¿estudiar, trabajar, acostarte con cualquiera, hacer lo que te dé la gana? Y esta última acusación, la de pretender hacer lo que te diera la gana, era la peor de las acusaciones: pretender la libertad. Por eso los discursos de siempre se reinventaron y empezaron a decir que si queríamos la libertad plena, sin condiciones, seríamos como las *otras*, las fornicadoras, las

herejes, las infieles, las putas, las peores mujeres. Y ese chantaje identitario se duplicó cuando dejamos las tierras musulmanas y nos instalamos en un lugar donde no era la cultura hegemónica, y adquirió formas diferentes, nuevas maneras de enseñarnos a ser como Dios manda si queríamos seguir formando parte de los *nuestros*.

El islamismo o la tribu que nos persigue

Todavía recuerdo el entusiasmo de vivir aquí, en tierras occidentales, a finales de los ochenta. Todo estaba por descubrir, un mundo entero de posibilidades se había abierto ante nosotros después de emigrar. Todo estaba por hacer y todo era posible, o eso creíamos entonces. Para muchas mujeres, para la mayoría de las hijas de la inmigración marroquí, vivir aquí supuso hacer trizas la cortina del patio. Caminar por la calle sin ser juzgadas, sin que nadie contara nuestros pasos. Pisar mercados, tiendas, escuelas y hospitales, sabernos libres de la inquisición del control social. Había pocas familias musulmanas como la nuestra, nos conocíamos todos, pero las dimensiones de la ciudad, aunque fuera pequeña, no permitían que nos vigilásemos las unas a las otras, o no con la insistencia y la intensidad del pueblo del que veníamos. Durante aquellos años, muchas mujeres se quitaron el pañuelo, cambiaron por faldas los vestidos larguísimos que solían llevar, algunas se atrevieron a llevarlas por encima de las rodillas, o casi, y otras adaptaron la vestimenta *cristiana* —blusas y faldas en vez de chilabas— a lo que consideraban decente, sin enseñar más de la cuenta. Pero, aun así, ese *no enseñar más de la cuenta* era muy relajado. Las que conservaban el pañuelo, porque ya lo habían llevado en el pueblo polvoriento que habían dejado atrás, se lo anudaban debajo de la barbilla sin preocuparse demasiado y, a menudo, un mechón de pelo les asomaba en la frente. El pañuelo no era un corsé estricto ni tenía la función de ocultar ese elemento tan importante de la identidad individual que es el cabello. Asomaba por las telas estampadas y alegres y nadie se escandalizaba. Las mujeres, así, estaban guapas, aquellos pañuelos no las afeaban ni las desposeían de su propio cuerpo, a pesar de que tenían que ponérselo porque así lo dictaban las normas. Pero la norma tradicional no estipulaba que cualquier mujer, a cualquier edad, tuviera que cubrirse la cabeza. Lo que decía era que las casadas lo tenían que llevar. «La mujer que tiene marido lleva pañuelo», solían insistir. Pero nadie se molestaba en explicar de qué color tenía que ser, ni si debía ceñirse a la cabeza o podía llevarse flojo. Todo eso todavía no nos había llegado. Y es curioso que fuera en tierras europeas donde entramos en contacto con las corrientes ideológicas conservadoras y fundamentalistas, algunas reaccionarias, que en los últimos tiempos han penetrado en todo el colectivo de musulmanes que viven en Occidente, unas corrientes contra las que no existe ninguna clase de vacuna y que ahora ya empiezan a ser consideradas representativas.

Al principio, cuando aún había pocas familias aquí, las mujeres traspasaron las cortinas, algunas las rasgaron del todo. Hicieron cosas como trabajar fuera de casa, empezaron a catar la miel poderosa de la independencia, descubrieron que eran capaces de hacer lo que siempre les habían dicho que era imposible. Para algunas, que venían de lugares donde no se atrevían ni a

asomar la cabeza por la ventana, la revolución era salir cada día para llevar a los niños al colegio. Para otras, el gran cambio llegó cuando ganaron su propio dinero, ya fuera trabajando para otros o llevándose trabajo a casa. Todavía recuerdo el olor a cola mientras pegábamos trozos de piel de bolsos hasta las tantas de la madrugada, todavía noto el tacto de las cajitas de cartón para bisutería. Otras hacían *unas horas* de limpieza aquí y allá. Muchas mujeres entendieron el poder extraordinario de la emancipación y animaron a sus hijas a traspasar los límites que les habían impuesto a ellas. Algunas defendieron con vehemencia la necesidad de tener una formación y de estudiar para conseguir *un buen puesto de trabajo*. Sabían muy bien por experiencia propia que la dependencia las hacía frágiles y vulnerables a las inclemencias del poder masculino. Esta revolución silenciosa tuvo lugar sin aspavientos, sin manifestaciones ni pancartas, se coció a fuego lento, paso a paso, a veces con las madres disimulando sus verdaderos anhelos de progreso y prosperidad para sus hijas. Fuimos muchas las que trabajamos como hormiguitas para ir ganando un terreno que ninguna de las mujeres que nos había precedido habría imaginado llegar a pisar. Yo misma luché durante años para obtener lo que más me ha servido para alimentarme como persona, para cultivar con conciencia plena el ejercicio de mi libertad, para dotarme de los instrumentos necesarios que me permitieran defenderme con uñas y dientes de los mecanismos alienantes que querían convertirme en una ciudadana de segunda. El instrumento de la educación. El más poderoso de todos, el más revolucionario. Por eso nos limitaron el derecho a educarnos, a acceder al conocimiento, al pensamiento, a las ideas que no coinciden con la tradición que nos transmiten. Es una verdad obvia y muy repetida, pero sigue estando vigente: sin educación no hay libertad.

Sé de primera mano lo que supone tener que luchar continuamente para acceder al conocimiento. Era muy feliz en la escuela aprendiendo cosas nuevas, expandir los límites de mi mundo hacía que me sintiera libre de verdad. Y leer, por supuesto, leer y descubrir a infinidad de mujeres diferentes a través de la literatura, ver escrito su malestar, lo que no se podía explicar. Pensar, cuestionar, ver el mundo desde fuera del mundo en el que había vivido, entenderlo desde fuera. Estudiar no fue un problema mientras fui pequeña, pero cuando me convertí en una *mujer*, mi padre empezó a poner obstáculos. Entonces hacíamos EGB, y alguna niña de séptimo u octavo que ya había cumplido los catorce años desaparecía misteriosamente del colegio. Al cabo de un tiempo la encontraba por la calle con su pañuelo de mujer casada, y, al cabo de poco, empujando un cochecito. Creo que fue entonces cuando mi padre empezó a decirme: «Este año es el último». Y a mí me aterrorizaba la idea de dejar de ir al colegio, donde me sentía a gusto, a veces más a gusto que en casa.

Desde séptimo de EGB hasta el primer curso de carrera, la amenaza fue siempre la misma: «Este año es el último». Porque una cosa era sacar buenas notas e ir bien en los estudios y otra muy diferente empezar a llevar la vida de una adolescente *crisiana*. Una cosa era memorizar las enseñanzas que recibía y otra tener acceso a ideas revolucionarias que me permitieran poner en duda el sistema en el que me había formado como mujer. Porque se veía venir que con los conocimientos que estaba recibiendo y con la experiencia que estaba viviendo no iba a conformarme con los límites que le habían impuesto a mi madre. Fue la época en que tuve que disimular, evitar decir abiertamente que quería ser libre. Mis compañeros de clase desconocían mi situación. No sabían que lo que para ellos era un *rollo*, lo que les daba pereza y no valoraban,

era un auténtico lujo para mí. Un lujo al que me aferré como si me fuera la vida en ello porque en realidad así era.

La educación es peligrosa, la educación de calidad nos hace críticos, conscientes, irreverentes y poco dóciles. Los jefes de aquellas primeras familias empezaron a darse cuenta de que era peligroso que las chicas fueran al colegio. Y todavía más cuando fuimos más numerosos, cuando llegó mucha más gente de nuestro país y las estructuras del control social de origen se trasladaron y se reorganizaron aquí.

Pasaron tres cosas de manera simultánea: la primera es que las hijas de las primeras familias nos hicimos mayores y nos convertimos en *mujeres*, en un problema; la segunda es que llegaron muchos marroquíes, lo que nos obligó a repensarnos en relación con nuestro origen, dado que cuando tuvimos que volver a formar parte del grupo, de la comunidad, nos dimos cuenta de hasta qué punto habíamos cambiado; y la tercera es que aparecieron corrientes del islam más rigoristas, más literalistas, que venían a recordarnos que la manera tan relajada que teníamos de practicar nuestra religión era completamente equivocada y a ponernos en guardia acerca de los peligros de la sociedad occidental, que era abierta, promiscua, adoradora de falsos ídolos y un largo etcétera.

El islamismo —se llame fundamentalismo, integrista o como quiera llamarsele— es un conjunto de corrientes pertenecientes al islam que existen desde hace tiempo, un par de siglos como mínimo, aunque eso depende de cómo se defina el concepto. En todo caso, hablamos de movimientos que se dedican a poner en duda, desacreditar o perseguir la manera de practicar la religión en un ámbito determinado en base a la creencia de que esta práctica se aleja demasiado del islam original y que, por lo tanto, se ha convertido en un falso islam, demasiado innovador y permisivo. Volver al verdadero islam es el objetivo prioritario de cualquier islamista, a pesar de que hay muchas maneras de perseguir este objetivo. El islamismo violento, por ejemplo, sostiene que hay que utilizar todos los medios necesarios, incluido el asesinato de personas inocentes, para imponer la vuelta al islam auténtico. Regímenes como el de Arabia Saudita o Irán utilizan los mecanismos del Estado, de la organización política, para imponer las normas —dicen— del islam original con la finalidad de conseguir que la sociedad sea *verdaderamente* musulmana en su totalidad. Pero también hay personas que se esfuerzan individualmente por respetar al máximo las enseñanzas presuntamente originales del profeta.

¿Qué tiene que ver todo esto con el tema que estoy tratando, el de las mujeres y sus derechos? Pues que una de las principales obsesiones de la mayoría de estas corrientes es la de las mujeres y sus cuerpos, y que han hecho todo lo posible para frenar su progreso. En mi opinión, la reactivación y el auge del islamismo no se explican sin los cambios sustanciales que han protagonizado las mujeres en los últimos tiempos, tanto en sus lugares de origen como aquí.

Cuando ya hacía unos años que las familias musulmanas vivíamos aquí, se abrió un oratorio en el barrio, y nos encontramos, de repente, con *expertos* en religión que empezaron a decirnos que no practicábamos el islam como se debía. Nos decían que no podíamos consumir carne sacrificada de cualquier manera, que no podíamos relacionarnos con los *cristianos* sin tomar las precauciones necesarias, que no nos mezclásemos demasiado con ellos porque podían llevarnos por el mal camino, que las niñas teníamos que cubrirnos a pesar de ser niñas. Recuerdo con claridad la primera vez que hicieron que sintiera una vergüenza terrible de mi cuerpo: fui al oratorio con una falda de pana que me habían regalado, una falda que me quedaba un poco por encima de las rodillas. Llevaba leotardos y estaba muy contenta con mi nuevo *look*, pero cuando

entré a los bajos donde estaba el centro de culto, un local cubierto de moqueta gris, el imán me obligó a volver a casa. Que fuera a cambiarme, que qué poca vergüenza aparecer vestida así en la mezquita. La vergüenza se me pegó al cuerpo y tardé muchos años en sacármela de encima.

Aquel mismo imán también nos dijo que cantar no estaba bien, que la música era perniciosa, que si decíamos una mentira Dios desoíría nuestras plegarias durante cuarenta días, que si queríamos ganar puntos para ir al cielo más nos valía que empezáramos a llevar pañuelo. Pero ahora el pañuelo ya no se anudaba despreocupadamente bajo el mentón, o incluso detrás de la nuca cuando estabas en casa. Ahora el pañuelo debía ser una contención rígida que no dejara escapar ni un solo cabello, ni un solo mechón, que debía enmarcar con precisión el óvalo del rostro y cerrarse bien tirante debajo de la barbilla. Así empezó la era del imperdible, un invento muy occidental que ha servido para imponer una nueva y rígida prisión a las mujeres musulmanas de todo el mundo. Con el tacto frío del imperdible sobre la piel delicada del cuello es imposible que el pañuelo se mueva de sitio, que se escurra por casualidad y deje al descubierto tu cabello, fuente de todos los conflictos y motivo de desorden universal.

Hoy en día es difícil encontrar a una mujer con pañuelo que no lo lleve ajustado de manera estricta, y ese pequeño instrumento de sujeción, el imperdible, se ha convertido en el símbolo del auge del islamismo, sea o no consciente de ello la mujer que lo lleva. La cabeza de las mujeres, su cuerpo, se ha convertido en la bandera de los movimientos que reclaman volver a un islam que nadie sabe si realmente existió. Se trata de una forma de religión que se opone a la libertad de pensamiento, a la práctica individual fundamentada en la propia conciencia. Es una religión que, además, se enfrenta y lucha contra todas las formas tradicionales del islam en nombre de una pureza inventada, al estilo de los supremacismos, con la diferencia de que en este caso el supremacismo consiste en el hecho de ser musulmán, de abrazar esta religión. En este sentido, el islamismo es peligroso porque desarraiga al practicante. Lo aparta del entorno en que vive y lo enfrenta a él, sea este el de las libertinas sociedades occidentales o el de las sociedades musulmanas que han abandonado el *verdadero islam* y se ha dejado contaminar por elementos externos y ha traicionado el mensaje de la revelación.

El islamismo que pone bombas, que atropella a los viandantes y utiliza la violencia es extremadamente minoritario. A la mayoría de musulmanes que conozco, comulguen o no con estas corrientes, nunca se les ha pasado por la cabeza utilizar la violencia contra los que no comparten sus creencias. Sin embargo, eso no significa que el islamismo sea inocuo. Es peligroso porque sostiene que el orden del islam es el superior, y que está por encima de todo, incluido el orden democrático; es peligroso porque nos insta a definirnos y a manifestarnos públicamente no como ciudadanos, sino como creyentes de una religión concreta. También es peligroso porque es supremacista, postula que los musulmanes somos mejores que los demás porque nos ha sido revelada la verdad y que el resto del mundo, en cambio, irá derecho al infierno. Nos insta a ser siempre musulmanes, a considerar secundarias las normas que gobiernan las sociedades en las que vivimos si estas no coinciden con las del *verdadero islam*. Y, repito, esto se aplica tanto a las sociedades de acogida de los inmigrantes como a las de los países de origen que se han desviado demasiado de la norma.

Cuando se abrieron los primeros oratorios en mi barrio ya aparecieron estas corrientes. Nos prohibieron hasta lo que no nos habían prohibido nuestras propias familias, que no eran precisamente la personificación de la modernidad, y nos explicaron muy claramente que

pertenecíamos a la Umma islámica, la gran comunidad formada por todos los creyentes de la religión auténtica. Es decir, nos presentaron una especie de nacionalislamismo: ser musulmán es más importante que ser del lugar donde vives. Pero, sobre todo, nos avisaron de que en tierras occidentales iban a perseguirnos, a discriminarnos, y que intentarían apartarnos del camino correcto porque el auténtico islam siempre había tenido enemigos, con mayor motivo ahora que crecía más que cualquier otra religión del mundo. Si no nos dejan abrir mezquitas, si no podemos construir minaretes, si quieren destapar a nuestras mujeres es porque el islam se está propagando sin mucha resistencia. ¿Cómo no iba a propagarse la verdad revelada por el mismísimo Dios? La idea conspiranoica de que las críticas a la religión vienen dadas por su éxito, por su capacidad para atraer nuevos adeptos, no es muy extraña. En las redes sociales abundan los vídeos protagonizados por mujeres que se han convertido al islam y predicán las virtudes de la nueva religión recién descubierta, que se quejan de la persecución de que son objeto por el hecho de haber abrazado la religión verdadera, mujeres que relatan con elocuencia los cambios vitales que han experimentado después de jurar fidelidad a Mahoma. No han vivido jamás en tierras musulmanas, no saben lo que es ser educada, desde pequeña, en este patriarcado religioso, pero afirman con fervor que el islam las ha liberado, que ahora son más felices. Por supuesto, luchar contra el machismo es fatigoso y pesado, gestionar la libertad cansa, renunciar a todo eso y abrazar un régimen de sumisión es una opción clásica. No hace falta leer a Erich Fromm para comprender que no es más que una manera de escapar de la libertad, de rehuir la ansiedad que provoca. O tal vez solo sea una frivolidad más de los tiempos que corren: algunas se aficionan al yoga y a la meditación y otras se hacen musulmanas.

El caso es que hace años que las corrientes islamistas están entre nosotros, y ni siquiera los que venimos de familias musulmanas nos habíamos dado cuenta. Sin conocer la historia del islam, sin saber que hay muchas maneras de concebirlo y sin ser conscientes de la importancia fundamental que tiene la separación entre religión y Estado, es difícil que los jóvenes musulmanes de hoy puedan distinguir el discurso musulmán del discurso islamista.

A finales de los ochenta y a principios de los noventa llegaron imanes con barbas largas que nos construyeron una prisión cautivadora hecha de promesas de paraísos y recompensas divinas. No vinieron solos. Ya entonces circulaban unos libritos editados en castellano que publicaba la mezquita de la M-30 de Madrid, construida con capital saudita, que explicaban a los niños qué quería decir ser un buen musulmán, compendian historias ejemplares de los profetas y exponían los valores fundamentales de un sistema de creencias que suponíamos propio y que era ajeno. Es un ejemplo que demuestra que la educación puede volverse en contra de la libertad, del libre pensamiento y de la autonomía personal cuando se utiliza para adoctrinar, para empaparnos de una retórica alienante que nos convenza de que es necesario renunciar a ellos.

Viví con intensidad aquella época. Era una niña y el mensaje seductor de la *verdad* me fascinó. Hasta tal punto que ya no quise ser simplemente una buena musulmana, sino una musulmana ejemplar, por lo que decidí ponerme el pañuelo. Debía de tener unos doce o trece años, o puede que un poco menos. Un pañuelo con imperdible, por supuesto; un pañuelo blanco y austero. Ya me habían explicado que si me cubría con colores vistosos que llamasen la atención, si en vez de pasar inadvertida me hacía notar, no servía de nada que me lo pusiera. Fui al colegio con la cabeza cubierta por aquella tela blanca, muerta de miedo porque sabía que mis maestras y mis compañeros se sorprenderían. Y así fue, la directora me convocó a su despacho, a mí, que

nunca habían tenido que llamarme la atención. No recuerdo las palabras exactas, pero me dejó muy claro que no podía ir al colegio con el pañuelo. Salí llorando, indignada. La directora era una mujer de carácter que se encaraba con los padres marroquíes a la hora de defender los derechos de las niñas (y de los niños, demasiado dejados de la mano de Dios), que no titubeó lo más mínimo. ¡Qué suerte tuve! Nunca le agradeceré lo suficiente que me impusiera ese límite. Gracias a ella no pude cavar mi propia tumba abrazando la prisión del islamismo.

Ahora que veo a muchas niñas, cada vez más pequeñas, ir al colegio con el pañuelo, me doy cuenta de que la actitud de la directora fue muy valiente. No estaba obligada a tomar partido, podía haber pensado que más valía respetar la cultura de cada uno, que había que tener cuidado con no ofender a los practicantes de otras religiones, pero no cayó en el relativismo. Ni ella ni otras maestras de la época, mujeres que venían de una larga lucha por sus propios derechos y querían que las recién llegadas también los tuviéramos. Lucharon sin achicarse por nuestra escolarización, por nuestras excursiones, por la natación, por nuestra participación en todos los ámbitos. Les daba igual cuál fuese nuestra cultura de origen, la igualdad era un derecho universal. Ahora acusarían a aquellas maestras de ser feministas blancas occidentales que quieren dominar a las mujeres de otros orígenes, las acusarían de opresoras.

Yo creía que las maestras eran así en todas partes, pero es evidente que no. Tras un par de escándalos mediáticos protagonizados por padres que chantajeaban a las instituciones educativas —si la niña no podía llevar pañuelo no la llevarían al colegio—, incumpliendo la escolarización obligatoria, la realidad fue muy diferente. Sin una norma general que lo prohibiera expresamente, el uso del pañuelo por parte de las niñas se convirtió en una cuestión de práctica individual. Las maestras que optaran por enfrentarse a las familias no contaban con ninguna ley que amparara su decisión y se arriesgaban a meterse *donde no las llamaban*. En la actualidad, las cosas han empeorado, las chicas con pañuelo son mayoría en los institutos, y en primaria, e incluso en el ciclo infantil, hay cada vez más.

El caso es que coincidieron en el tiempo las tres cosas: la pubertad de las hijas de los primeros inmigrantes, la llegada de más familias marroquíes y la de las corrientes fundamentalistas. Las pocas libertades que habíamos conquistado y nuestros anhelos de emancipación se pusieron en entredicho. Se importó el control social y nos volvieron a imponer las viejas estructuras. Muchas mujeres se cubrieron de nuevo, algunas familias empezaron a ser más estrictas con las niñas para acostumarlas desde pequeñas a ser *mujeres musulmanas*. Ahora ya no podían esperar a que se casaran, había que educar en el islam de manera más férrea porque las tentaciones del entorno inmediato eran enormes. Se nos impusieron las viejas y las nuevas presiones, las que arrastrábamos de la tradición de origen y las de aquellas nuevas corrientes. En mi barrio se abrió otro oratorio más grande, el segundo, esta vez uno como es debido, y por él empezaron a desfilar algunos predicadores. Me acuerdo de uno en especial, no porque frecuentara la mezquita, que no estaba pensada para las mujeres, sino porque, no teniendo bastante con el sermón que había impartido a los feligreses que habían acudido a la celebración, se dedicó a vender cintas de VHS en las que salía él mismo repitiendo las consignas. Llevaba la barba larga, el bigote afeitado y un extraño pañuelo sobre la cabeza. Prácticamente todo su discurso giraba alrededor de una sola cuestión: las mujeres y el peligro que comportaba dejarlas demasiado libres, que se vistieran a su antojo, que provocaran el deseo masculino, que fueran impúdicas. Quién sabe, quizá no fuera más que un fetichista, porque no dejaba de hablar de los zapatos de

tacón de las chicas, del ruido que hacían cuando caminaban, de cómo atraían las miradas de los hombres. Se excitaba tanto cuando lo contaba que te daban ganas de comprarte unos y ponerte a repiquetear allí mismo, en el comedor de casa.

Sin embargo, en aquella época todavía teníamos esperanza, todavía no había penetrado la idea de que los inmigrantes musulmanes habían traicionado al islam. O no del todo. Porque el discurso de aquel imán creó una cierta polémica entre las familias marroquíes de la ciudad. Muchos padres respetables se enfadaron con él porque se había atrevido a poner en entredicho su autoridad, su manera de dirigir a su propia familia. Algunas mujeres también se quejaron y su queja se presentó en el oratorio: ¿quién era aquel hombre para entrometerse en las vidas de las mujeres de los demás? Muchos de los cabezas de familia que asistieron al parloteo de aquel imán venían de una zona del Rif donde estaba muy mal visto que alguien se inmiscuyera en los asuntos particulares de una familia cualquiera. Además, en el Rif, las corrientes islamistas tenían muy mala fama e inspiraban recelo, quizá porque se oponían a la manera de vivir que impera en la región, bastante alejada de la ortodoxia que practican los clérigos y con formas más espirituales, sobre todo en el caso de las mujeres. Recuerdo que mi abuelo, por ejemplo, llamaba «ladrones de los musulmanes» a los Hermanos Musulmanes, haciendo un juego de palabras con la expresión árabe «*ihwan al-muslimin*» y la rifeña «*ihuanen n-muslimin*».

A los más jóvenes tampoco nos gustó el discurso del predicador. Era demasiado carca, demasiado restrictivo en todo, demasiado obvio. Nosotros abrazábamos la modernidad y lo que él decía no tenía nada que ver con ella. Fue así como los islamistas aprendieron a resultar atractivos para los modernos musulmanes europeos y cambiaron sus estrategias de propaganda, sobre todo gracias a la aparición de internet. Suavizaron los temas que podían suscitar polémica en la sociedad de acogida, ya no enseñaban cuál era el mejor método para pegar a las mujeres sin dejarlas marcadas, ya no decían tan abiertamente que debíamos obediencia a los hombres, ya no se oponían directamente a ciertos derechos establecidos por la ley. Pero nunca han dejado de estar obsesionados con que somos un problema para ellos, ni han dejado de presionar sobre nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestra sexualidad. Los islamistas se han adaptado al medio y ahora organizan sus mensajes opresores en clave de modernidad, de derechos humanos, de justicia universal y hasta de feminismo. Y no lo han hecho solos, por supuesto, tienen de su lado al poder de las grandes dictaduras del Golfo, a pensadores contratados en las universidades más avanzadas del mundo. Ya no necesitan que los fieles se acerquen a sus oratorios oscuros porque ahora cuentan con muchos medios, desde canales por satélite hasta medios de comunicación europeos, mediante los que pueden difundir su patriarcado religioso sin que nadie, ni tan solo la izquierda presuntamente laica, oponga la más mínima resistencia. Abundan las imágenes de políticos a la caza del *voto musulmán* retratándose con imanes islamistas de barbas largas y túnica blanca o mujeres con pañuelo. Es la democracia, dicen, es respeto por la diversidad, y yo no sé si reírme por la ingenuidad con la que aceptan unas corrientes que son el equivalente de la extrema derecha o llorar por el cinismo con que venden su alma al diablo.

Sí, ahora mismo, como si hubiéramos entrado inesperadamente en una espiral retrógrada, está pasando lo que nunca habría imaginado que pasaría cuando en los años noventa escuchaba el discurso de aquel barbudo enfurecido con las mujeres: que el islamismo penetra sin resistencia en las conciencias de los jóvenes musulmanes, sobre todo entre las de ellas, y me deja la amarga sensación de que hemos perdido en un abrir y cerrar de ojos todo lo que habíamos conquistado.

Mi religión, mi identidad

Aquella primera irrupción del islamismo en forma de predicadores o de material elaborado por la mezquita de la M-30 tuvo cierta repercusión entre nosotros porque se relacionaba con un fenómeno que ya estábamos viviendo: la crisis de identidad, no saber quién eres ni en qué consiste tu origen, no ser ni de aquí ni de allá y sentirte un poco desorientado. Es un fenómeno natural que experimentan los hijos de cualquier familia inmigrante. Llega un momento en que uno toma conciencia de la importancia del cambio geográfico, un cambio que no solo supone mejoras económicas y laborales, sino una transformación tan profunda que podemos afirmar que no somos los mismos de antes. Lo percibimos claramente cuando volvemos *a casa*, a la tierra de la que nos marchamos, y descubrimos que nos sentimos más a gusto en el país de acogida que en el que se supone que era el nuestro. Es un momento duro, de extrema fragilidad, de contradicciones, el momento de tomar partido porque no se puede vivir con un pie a cada lado del Estrecho. ¿Quién soy yo? ¿Qué es la cultura de mis padres? ¿En qué consiste exactamente?

A mí ese momento de crisis me sirvió para empezar a escribir, para indagar en fuentes bibliográficas que iluminaran mi confusión, para hablar de estos temas con personas de confianza, para buscar referentes que me pudieran servir de modelo. Pero la cuestión religiosa también estaba presente y la tentación islamista estaba al alcance: la opción de una identidad religiosa clara, bien definida, no como la relajada de nuestros padres, una especie de manual de instrucciones del buen musulmán que definía todos y cada uno de los aspectos de nuestras vidas. ¿Qué rasgo nos distinguía a nosotros, que habíamos nacido en Marruecos, de los compañeros que no habían nacido en el islam? ¿Qué nos caracterizaba de manera específica? Muchas cosas: el idioma, el sistema de valores, la manera de entender el mundo y las relaciones entre las personas, la gastronomía, la música, la danza y la cultura en general. Pero todo eso puede parecer muy secundario, muy frívolo y carente de significado si se compara con algo tan poderoso como la religión. Es evidente que el islam también formaba parte de ese origen sobre el que nos interrogábamos y que queríamos recuperar, de esa singularidad que perseguíamos. Rezar cinco veces al día, ayunar durante el Ramadán, la fiesta del cordero, etcétera: la religión también vertebraba nuestra vida cotidiana, evidentemente, de una manera diferente de la vida cotidiana de nuestros vecinos. Y, de repente, ese elemento se convirtió en el más importante. La religión se convirtió en un vector de identificación, de significación, y empezamos a sentir la necesidad de presentarnos a los demás como musulmanes, poniendo el énfasis en este aspecto y no en otros.

Muchos jóvenes que en sus países de origen o en épocas en que la cuestión identitaria no tenía tanto peso habrían pasado olímpicamente de la religión —un tema aburrido reservado a las

personas mayores, cuya obligación es preocuparse por lo trascendente—, ahora, en cambio, se dedican a buscar y rebuscar qué quiere decir ser musulmán, qué hay que hacer para ser un buen musulmán y para que su religión sea compatible con su condición de ciudadanos europeos. No es un fenómeno natural, espontáneo. La reislamización de la juventud musulmana europea no es, ni mucho menos, un hecho casual. Hay varios factores que nos han llevado a religionizarnos aquí y no en nuestros países de origen. Surge cuando aparece la crisis de identidad, pero hay otros elementos que la encauzan hacia aquí y no en otras direcciones. Por ejemplo, la obsesión enfermiza que tienen los medios de comunicación occidentales con la cuestión religiosa. Mucho antes de que los hijos de inmigrantes empezáramos a reconocernos como musulmanes ya nos preguntaban por la religión. Mucho antes de que pisáramos un oratorio ya habíamos tenido que dar explicaciones acerca del mensaje de Mahoma, lo cual, en origen, no les pasaba nunca ni a los niños ni a los jóvenes, de los que no se espera que cumplan rigurosamente con los preceptos y menos aún que tengan un conocimiento profundo de la materia. Quienquiera que repase la prensa de la década de los noventa, cuando empezamos a llegar, por ejemplo, encontrará temas recurrentes vinculados al islam. Y ahora, cuando se trata de la inmigración marroquí o de sus hijos, prácticamente ya no se habla de otra cosa.

De todo nuestro bagaje de origen, el islam era la cuestión que más preocupaba a la sociedad de acogida, la que más inquietaba a los gestores gubernamentales: la apertura de oratorios, los mataderos halal, las niñas con pañuelo en los colegios, etcétera. Puedo comprender que los medios de comunicación prestaran atención a los temas que más preocupaban a la sociedad a la que se dirigían, pero hay que tener en cuenta que los que éramos tratados como objeto de estudio en aquellas noticias también leíamos el periódico, veíamos la televisión y escuchábamos la radio. Por esa razón, la obsesión de los medios por algunos temas relacionados con el islam supuso un estímulo para el aumento de su importancia. Aunque no lo parezca, el espacio público es el mismo para todos, no existe uno *para musulmanes* y otro para los demás. Y el hecho de que, tan a menudo, la representación de quienes pertenecemos a este ámbito de procedencia sea única y exclusivamente en clave religiosa ha logrado que aumentara, en mi opinión, esa conciencia religiosa. ¿Cómo podíamos ser protagonistas? ¿Cómo podíamos salir en los periódicos y en la televisión? ¿Cómo podíamos expresar nuestra singularidad? Pues hablando del objeto más llamativo con el que habíamos cargado en nuestra maleta: el islam. Además, a los medios de comunicación les gustaba y el público lo quería —algo ciertamente sorprendente si tenemos en cuenta que la sociedad occidental es cada vez menos religiosa—. Nosotros mismos caímos en la trampa de presentarnos en público únicamente como musulmanes. Era lo que se esperaba que hiciéramos. Es, en cierto modo, otra forma de orientalismo: pensar que para los musulmanes lo más importante es ser musulmán, que todos lo somos y lo somos de la misma manera y que, además, ser musulmán es una condición inmutable.

Como escritora, me ha costado mucho sortear esa imagen estereotipada: si yo presentaba protagonistas femeninas que se enfrentaban a ambientes hostiles, cuando abordaba la sexualidad, la violencia, la injusticia, el paso del tiempo, los vínculos familiares y un largo etcétera, una buena parte de mis lectores o de los periodistas que me reseñaban o me entrevistaban veían representadas a las *mujeres musulmanas*. Y no es que algunas de las mujeres que describo no lo sean, pero esa es solo una de las tantas facetas que las definen y las condicionan.

Con todo, no se puede culpar de la reislamización a los medios de comunicación, a pesar de que hayan tenido un papel relevante. No cabe duda de que han contribuido, puede que de manera inconsciente, a dar más importancia de la debida a elementos como el pañuelo, el burka o el burkini, pero el agente principal de la reislamización ha sido, por supuesto, el islamismo. Si sufro una crisis de identidad y me sirven en bandeja un discurso bien construido que satisface mis inquietudes, es evidente que hay muchas posibilidades de que lo compre a ciegas. Con mayor motivo si ignoro que existen muchas formas de islam y ya me han metido en la cabeza que «el islam es uno».

El islam es un concepto poderoso, la unidad siempre lo es, y más aún en la religión de Mahoma, que surgió luchando encarnizadamente contra el politeísmo que se practicaba en la península Arábiga y cuenta entre sus dogmas principales con la unidad de Dios. Que el islam es uno es una idea que repiten sin parar, pero es mentira. El islam dejó de ser uno en cuanto nació. El propio profeta se contradijo varias veces a lo largo de su vida, y en el Corán se hacen afirmaciones que se desmienten en la página siguiente. Por suerte para los millones de creyentes que hay en el mundo, el islam es variado, abierto a interpretaciones, tiene escisiones y ramas muy dispares que se consideran a sí mismas la única verdad revelada, el auténtico islam. Yo he descubierto, recientemente, después de buscar y rebuscar durante años, que muchas prácticas de mi familia y de mi entorno, sobre todo entre las mujeres, podrían no inscribirse en lo que ahora se considera el *verdadero islam*, sino que, más bien, parecen vinculadas al sufismo, una rama espiritual que las tradiciones más ortodoxas consideran casi una herejía.

El islam no es uno, ni mucho menos, pero para asumir su diversidad hay que colocarse fuera del marco del creyente, hay que ponerse en el lugar del analista objetivo, del historiador, del científico, del pensador que no se somete a los dogmas divinos. Este es el defecto principal que observo en los jóvenes musulmanes que enarbolan la bandera de la religión y que no solo creen que hay un solo islam, sino que están convencidos de que el suyo es el verdadero, de que cualquiera que se desvíe del que ellos profesan es una distorsión provocada por la ignorancia. Esos jóvenes defienden su religión con vehemencia porque creen saber en qué consiste el verdadero mensaje divino. Aleccionan incluso a sus familias y les dicen que no son buenos conocedores de las palabras de Mahoma, convencidos de que se han comportado como ignorantes durante casi toda su vida. Han leído a pensadores seductores como Tariq Ramadan, que al lector no musulmán le sonará poco, pero que tiene una influencia enorme sobre los jóvenes que practican el islam en Europa: les explica que deben salir del armario de la islamidad y reclamar los derechos que les competen como ciudadanos europeos. Como no han vivido nunca en un país musulmán, esos jóvenes no conocen las consecuencias catastróficas de vivir en un régimen en el que no hay separación entre religión y poder político, no saben (por otra parte, nadie se lo ha explicado) que la ciudadanía comporta una domesticación del orden religioso, que el espacio público no debe organizarse en función de la confesión religiosa de los individuos y que los derechos fundamentales de las personas, entre los que se encuentra la igualdad entre hombres y mujeres, en ningún caso pueden supeditarse a la libertad de culto.

Esta hornada de jóvenes, más nutrida que en mi generación, es cada vez más activa y se presenta ante la sociedad en calidad de musulmana. No solo no les han explicado el problema que supone la religionización del debate público, sino que, además, hay organizaciones políticas, medios de comunicación e instancias de toda clase que los animan a exponer y a defender su

singularidad. Un ejemplo claro de ello es la reacción que se produce después de cada atentado. En vez de analizar la geopolítica del terror, el complejo fenómeno del fundamentalismo violento y el funcionamiento de sus organizaciones, los musulmanes salen a la calle a representar el papel de musulmanes y a explicar que el islam no es así, que el islam es paz y que el terrorismo no tiene cabida en él. Sus discursos se compran de una manera acrítica, incluso cuando mienten descaradamente, porque a menudo el que pregunta, como no musulmán, no se atreve a poner en entredicho las respuestas del entrevistado. Cuatro consignas superficiales para apaciguar los ánimos de la población en general y todo resuelto. El resultado final es que como consecuencia directa de los atentados aumentan los discursos proselitistas que difunden el mensaje de los criminales, cuyo objetivo principal era, precisamente, la propagación del islam en tierras occidentales. Es decir, que acabamos premiando a los terroristas con aquello que deseaban: más islam en la sociedad, en los medios de comunicación y en las instituciones, y sofocamos cualquier voz discrepante que lo critique en nombre de la islamofobia. Porque también hemos comprado con los ojos cerrados esa falsedad: que los atentados son fruto del rechazo que han vivido los musulmanes por el simple hecho de serlo. Algo que es insultante para la inmensa mayoría de seguidores de Mahoma que viven en Europa, los cuales, ciertamente, en un momento u otro han sentido el aliento del racismo, pero a quienes jamás se les ha pasado por la cabeza vengarse matando inocentes.

Llama la atención que esta reislamización —que, recordémoslo, no es espontánea ni natural, sino que está alimentada por los poderosos medios de propaganda del islamismo— haya sido comprada acríticamente por chicos y chicas, pero sobre todo, y de manera muy espectacular, por ellas. Las jóvenes son activas en las redes sociales, salen a reivindicar su derecho a ser ciudadanas musulmanas, pero relegan, en cambio, a un segundo plano las cuestiones de género, o las supeditan a su exigencia principal, que es el derecho a profesar su religión. En apariencia también reivindican a las mujeres y se autodefinen como feministas, aún más después del *boom* del feminismo que estamos sufriendo, pero, por desgracia, reclaman siempre un feminismo que nunca excede los límites de la religión. Solemos oír proclamas que afirman que el islam es liberador, que no solo no existe ninguna contradicción entre ser musulmana y feminista, sino que el hecho de ser musulmana ya implica ser feminista. Aprovechan la confusión que reina entre la población no musulmana sobre el islam y el ruido ensordecedor de los racistas como reacción a esta clase de afirmaciones —que parece legitimarlas aún más— para soltar mentiras flagrantes que defienden de manera categórica.

Hablaré más adelante del feminismo islámico y de las expertas en islam que se obstinan en negar su misoginia, pero ahora quisiera detenerme en esa idea tan extendida de que la religión es identidad y de que la identidad ha de ser exteriorizada. Tal y como he explicado, la crisis de identidad puede hacer que nos aferremos a la religión, al ser este el elemento más evidente y concreto de nuestro origen, pero, repito, no es algo espontáneo que chicos y chicas necesiten articular su identidad en función de sus creencias. La identidad se configura alrededor de muchas otras cuestiones, y las creencias son solo eso, creencias, cosas que pensamos, no cosas que nos definen. Creer en Dios es algo que hago, no que soy. Pero la tesitura actual empuja a estos jóvenes a encauzar la necesidad de definir con claridad su identidad, ya híbrida, hacia el ámbito que, por otra parte, los dota de pertenencia grupal. Eso no me extraña, aunque no sea espontáneo y esté

mediatizado por discursos que les llegan de varios medios. Lo que ya me extraña más es que sean las chicas las que abracen acriticamente esta adscripción identitaria.

Uno de los núcleos duros de la crisis de identidad de las chicas musulmanas está estrechamente vinculado a nuestra condición de mujeres. Nos sentimos más divididas que los chicos porque en la sociedad de acogida tenemos mucho que ganar: una serie de derechos que las mujeres del lugar han conquistado a lo largo de siglos de lucha y de los cuales nosotras, por el atajo de la emigración, nos podemos beneficiar. Las primeras que llegamos, en los años ochenta, vimos claro el privilegio que adquiriríamos con el cambio. Sin embargo, las nuevas generaciones cuestionan la validez de estas conquistas. Ante la encrucijada de elegir entre, por un lado, las tradiciones de origen y la religión —que les reserva, en cuanto mujeres, un lugar de segunda— y, por el otro, la sociedad democrática, en la que gozan de igualdad legal y de una nada despreciable igualdad social, aunque todavía quede mucho camino por recorrer, optan por la primera. Puedo comprender que no sea fácil dar el paso de romper con la propia religión, por más que sea evidente que se trata de un sistema inventado para dominar a las mujeres. Pero es que actualmente las chicas no solo no rompen con el islam ni lo relegan al ámbito estrictamente personal, sino que lo abanderan, niegan el machismo, y lo reivindican como elemento identitario.

La paradoja actual es que eligen —según ellas, libremente— el pañuelo, el velo de los velos, como emblema, estandarte e insignia de este islam posmoderno. Proclaman por activa y por pasiva que nadie las obliga a cubrirse, obviando que las presiones sobre el cuerpo pueden transmitirse de forma muy sutil, que el fundamentalismo islámico también entiende de algoritmos y que el adoctrinamiento en las viejas prisiones ahora se ha trasladado a las revistas de moda y aparece en los espacios más avanzados de representación. Los mensajes islamistas ya no son transmitidos por barbudos terroríficos, o no solo por ellos. Resultan infinitamente más efectivos esos personajes seductores que profieren discursos llenos de ambigüedades y de trampas dialécticas que dotan de atractivo al sistema que recluyó a nuestras madres. La cortina del patio es ahora un número incalculable de mujeres guapas y sofisticadas con miles de seguidores en las redes que posan para las cámaras de los móviles o hacen selfis estudiados para plasmar la mejor imagen de un islam cuya apariencia es muy diferente del de las abuelas desdentadas y de piel curtida por el sol que nos cuidaban de pequeños. En Instagram abundan las hiyabistas, mujeres que se retratan sin parar con sus pañuelos colocados con precisión. Abrazan lo peor de la modernidad líquida y virtual, el narcisismo, pero obvian el significado del símbolo que ostentan.

Para defender su elección nos dicen que rechazan la presión salvaje que se ejerce sobre los cuerpos de las mujeres occidentales. Y en cuanto tienen la oportunidad, desentierran una frase que hizo célebre a la escritora y socióloga Fatima Mernissi: «La talla 40 es el burka de la sociedad occidental». Con eso pretenden convencernos de que el pañuelo las salva del poderoso engranaje de control y censura que sufren los cuerpos occidentales a manos de la publicidad y de los estrictos cánones de belleza para los que el exceso de peso es un delito. Es una idea seductora. Podría hacernos creer que las hijas de las familias musulmanas logramos eludir esta clase de presión, pero es falso. Por el simple hecho de cubrirte el cabello no dejas de someterte a las normas estrictas sobre tu anatomía. El simple hecho de llevar un pedazo de tela sobre la cabeza no te protege de esa otra forma de someter a las mujeres. No, todo lo contrario, acumulamos y duplicamos las presiones. Nunca he visto mayor preocupación por el cabello como en las mujeres con pañuelo. Basta con echar un vistazo a cualquiera de las hiyabistas con más seguidores en las

redes: su aspecto físico es una obsesión constante, se sepultan bajo capas y capas de maquillaje para demostrar que pueden serlo todo, guapas y con pañuelo, musulmanas y a la moda. En realidad, lo que hacen es someterse a dos patriarcados simultáneos: el de la dictadura estética occidental y el del pañuelo islamista.

Estamos ante un fenómeno muy posmoderno: afirmar que algo no es lo que es. El islam no es machista aunque sus textos sean un compendio de normas para someternos. El pañuelo no solo se lleva libremente, negando la realidad de las enormes presiones sobre los cuerpos que sufren las mujeres musulmanas, vivan en Marruecos o en cualquier barrio de Europa, sino que se presenta como un objeto de empoderamiento y de resistencia identitaria. Puedo comprender que cuando te imponen algo busques la manera de justificar que aceptas *libremente* esa imposición. Lo sé porque yo también llevé el pañuelo que me impusieron muchos años después de aquel intento infantil que la directora de mi colegio frustró. Tenía veinte años y me había casado (otra imposición de la que es imposible escapar), y tanto mi familia como la de mi marido, que vivía en Marruecos, me sometieron a una intensa campaña para convencerme de la necesidad de no ir *desnuda* por la calle. Es decir, sin pañuelo. Me negué tan rotundamente como pude, pero el chantaje se hizo insostenible. Llevé pañuelo una temporada y fue la peor época de mi vida. Sentía que me habían aniquilado como persona, que me habían anulado completamente. Me avergonzaba de mí misma y me avergonzaba de presentarme ante la gente que conocía de toda la vida con la cabeza cubierta por aquel pedazo de tela. Era perfectamente consciente de que aquel pañuelo me cerraba muchas puertas profesionales y condicionaba mi relación con los no musulmanes, y eso me hundía todavía más en la tribu y me impedía salir de ella. Procuré ponérmelo de manera diferente, para que no pareciera una prisión asfixiante y humillante. ¿Qué debía decir cuando me preguntaban por qué lo llevaba?, ¿que lo había escogido yo?, ¿que era un símbolo identitario y no religioso?, ¿que por qué no se metían con las monjas que también llevan la cabeza cubierta?, ¿que eran unos racistas?, ¿que me discriminaban por lo que era y por mi religión? Creo que nunca me valí de ninguno de estos pretextos, pero no es extraño que cuando sufrimos una humillación que no podemos evitar nos apropiemos de ella y la reivindicamos como lo que no es.

Pero ahora las cosas van más allá de reclamar el derecho a ponerse en la cabeza lo que se te antoje, pues la corriente mayoritaria actual afirma que mi religión es mi identidad, y que si no la exhibo no soy nada: llevo con orgullo el pañuelo. Cuando he tenido la ocasión de comentar este tema con algunas jóvenes, les he hecho una pregunta a la que ninguna ha logrado responder: ¿por qué tú, y solo tú, debes abanderar la identidad musulmana? ¿Por qué debes ser tú la que ha de visibilizar el islam en la sociedad occidental? ¿Por qué debes ocultar tu cabello, pero tu hermano no debe hacerlo? ¿Por qué ellos no deben exhibir su identidad allí donde van? Pues porque ellos son hombres y tú no. Porque ellos son los que nos impusieron el deber de cubrirnos para ser consideradas dignas.

Podéis pasar el pañuelo por todos los filtros que queráis, hacerlo tan *fashion* como queráis, sacarlo en la portada de *Vogue*, hacérselo lucir a la modelo más espectacular del mundo, idear los equipos deportivos más atractivos, reconvertirlo y blanquearlo tanto como queráis, pero no por eso dejará de ser lo que siempre ha sido: el velo de siempre, la cortina del patio, nuestra dignidad de mujeres puesta en entredicho, el símbolo de todo un sistema de discriminación y opresión del que es la punta del iceberg. Si el pañuelo es identidad, es la identidad del machismo, no la de las mujeres.

Feminismo islámico, descolonización islamista y otras engañifas

En 2005 se celebró en Barcelona el primer congreso de feminismo islámico. Me enteré porque asistieron un par de compañeros de trabajo. A mí me pareció algo muy curioso, una especie de exotismo que no acababa de entender. Reuní a expertas del mundo musulmán que querían dar a conocer su lucha contra el machismo desde dentro del islam. A simple vista puede parecer un adelanto importante que las mujeres tengan acceso en primera persona a los textos fundamentales de la religión y los reinterpreten desde una perspectiva de género, que busquen en estas fuentes elementos para luchar contra el machismo y el patriarcado. De entrada, no cabe duda de que es positivo que las mujeres que profesan una determinada religión procuren defender una visión que sitúe en primer lugar sus necesidades, que, en vez de perpetuar la violencia contra ellas, la ponga en tela de juicio, que, en vez de legitimar el supremacismo masculino, se enfrente a él. En este sentido, hay mujeres que trabajan en esta dirección en todo el mundo árabe, y yo, como atea, me alegro por ellas, es absolutamente legítimo que busquen la manera de hacer compatible su feminismo con sus creencias. El problema reside, en mi opinión, en convertir esta opción en la opción que le corresponde a cualquier mujer que provenga del ámbito musulmán. Me parece interesante como instrumento personal al servicio de la libertad de pensamiento identificar los elementos más machistas de la religión y cuestionarlos desde el islam, pero debería ser un esfuerzo meramente particular, al servicio, como digo, de las propias creyentes.

Ha llovido mucho desde 2005, hemos visto cómo el feminismo islámico se ha convertido en una corriente difundida y supuestamente representativa en los países occidentales. En pleno auge del feminismo mundial, a las que hemos nacido en familias musulmanas nos dicen que nos corresponde enarbolar la bandera de este feminismo, y un número nada despreciable de jóvenes musulmanas de nuestro entorno reivindica como propias las conclusiones de las creyentes expertas en la materia. Sin explicarnos demasiado en profundidad de dónde surgen sus afirmaciones, nos dicen por activa y por pasiva, y sobre todo a través de las redes sociales, que el islam es una especie de paraíso para las mujeres, que no solo no es machista, sino que es feminista.

Que el islam sea feminista es una mentira como una catedral que también defienden expertas en la materia que no han nacido ni vivido en el mundo musulmán. Estudiosas supuestamente objetivas defienden en medios de difusión muy poderosos que la religión de nuestros padres es una especie de paraíso para las mujeres. Y yo sin enterarme. Llevo toda la vida creyendo que si en los textos sagrados se afirma que tengo que obedecer a mi marido, que valgo la mitad que mis

homólogos masculinos o que mi sexualidad debe ser vigilada es porque el islam es machista, y ahora resulta que académicas de renombre me sueltan un sermón para convencerme de todo lo contrario. Debo de ser muy ignorante para no haber reconocido las virtudes del mensaje divino.

Esta clase de afirmaciones hacen mucho daño a la lucha de las mujeres por la igualdad real, la que busca liberarlas de cualquier estructura de opresión, la que se enfrenta a la violencia, la discriminación y el control de sus vidas y sus cuerpos dentro y fuera de tierras musulmanas. De hecho, presentan al feminismo como algo relativo: no consideran que los derechos de las mujeres deban defenderse porque sí, por el simple hecho de que nos merecemos la igualdad en cuanto seres humanos, sino que proponen un feminismo que se mide en función del cambio —suponemos que a mejor— respecto a una situación peor, aunque ese cambio esté limitado de manera flagrante. Me explico: cuando una académica de prestigio afirma que el Corán es feminista lo hace teniendo en cuenta la época en que el libro fue (presuntamente) revelado y lo que significó para las mujeres. Que sí, que en aquellos tiempos la mitad de la sociedad árabe no tenía derecho a heredar y pudo hacerlo gracias al profeta, que estableció que las mujeres heredaran la mitad que sus hermanos; también se prohibió que enterraran a las niñas bajo la arena del desierto, se establecieron métodos *más humanos* para obligar a las mujeres a obedecer, se reconoció su condición de ser humano y un largo etcétera. Pero todo eso sucedió a mediados del siglo VII d. C., y el feminismo es un movimiento posterior, que nace en los países occidentales y bebe de la Ilustración y del humanismo y, por eso, entronca directamente con la condición de ciudadanos y no con la de súbditos, con la de librepensadores y no con la de creyentes sometidos a una ley divina. Que la misericordia de Dios y el profeta se apiadaran de las mujeres y mejoraran ligeramente el régimen salvaje en que vivían no convierte en feministas ni a Alá ni a Mahoma, y mucho menos el Corán, un texto que exige obediencia a la mujer y dominación al hombre, que pone el énfasis en el control de nuestros cuerpos y de nuestra sexualidad, que solo nos reserva la función de madres, unas madres que tienen el paraíso bajo sus pies, sí, pero que están obligadas a serlo.

Considero nefasto que personas que nunca han vivido la realidad de ser mujer en un país musulmán, deslumbradas por un islamismo ideal, prediquen en conferencias y en libros las virtudes del mensaje de Mahoma y pretendan decirnos a las que hemos sufrido en nuestras propias carnes una discriminación salvaje, el dolor que causa ser ciudadanas de segunda y la brutalidad flagrante de nuestro particular machismo, que no había para tanto, que el islam es bueno, que el único problema es que ha sido malinterpretado por unos hombres que han utilizado la religión para someternos. Este también es, a su manera, un discurso islamista: según esta corriente, el machismo del islam no sería más que una desviación de unos textos originales en los que, si buscamos con la insistencia debida, descubriremos que en realidad es la más igualitaria de las religiones, un paraíso para las mujeres.

Llegados a este punto, hemos de explicar de nuevo lo obvio, lo que ya hemos explicado en numerosas ocasiones y que ahora pretenden negar: el islam no es bueno para las mujeres porque, como cualquier otra religión monoteísta, ha sido concebido, difundido e impuesto por los hombres y por el sistema que perpetúa el poder, el artista anteriormente conocido como patriarcado. La teoría que afirma que el machismo del islam es una malinterpretación es atractiva, nueva y llama la atención, pero eso no la convierte en verdadera. Solo una pregunta: ¿es más probable que el islam sea y siempre haya sido una religión contra las mujeres o que durante más de mil cuatrocientos años los hombres musulmanes, muchos de ellos expertos exégetas de todas las

corrientes que han circulado, hayan sido tan obtusos, tan ineptos como para equivocarse una y otra vez, siglo tras siglo, interpretando el Corán siempre a favor de los hombres? Lo más exasperante de esta clase de discursos, lo que escapa a mi limitada comprensión, es por qué se defiende más al islam que a las musulmanas que lo sufren. ¿Por qué se impone la necesidad de blanquear una religión en detrimento de las luchas que hemos llevado a cabo todas las que pretendemos una libertad y una dignidad completas, sin la obligación de amoldarnos a los límites constrictivos de ninguna religión, sea verdadera o inventada? ¿Tiene sentido que en un país democrático en el que religión y Estado se han separado desde hace tiempo, cuando se trata de personas musulmanas, siempre se mencione antes su condición de seguidores de Mahoma que su ciudadanía? ¿Por qué todo el mundo puede aparecer en la escena pública sin que sepamos qué creencia profesa y nosotros, en cambio, tenemos que hacerlo desde un punto de vista religioso? ¿No es acaso una versión sofisticada del racismo de toda la vida? Y volviendo al tema del feminismo islámico: ¿Por qué todas las mujeres del mundo pueden reivindicar sus derechos, su dignidad, su soberanía personal por el simple hecho de ser personas y nosotras tenemos que conformarnos con el límite que impone la religión? Las feministas islámicas no solo quieren hacer política con el islam, sino que nos piden que, para reivindicar nuestra libertad, hagamos el esfuerzo de reinterpretar un libro que se escribió hace siglos. Es una trampa, no tengo la menor duda. Porque una libertad con condiciones no es libertad, porque una dignidad que solo se defiende cuando las mujeres somos y aparecemos ante los hombres como buenas musulmanas no es dignidad ni es nada, es reinventar las viejas y consabidas prisiones de la cortina del patio, de la segregación, de la exclusión, de las relaciones desiguales dentro del matrimonio. Es convertir la libertad vigilada en el grado máximo de libertad al que podemos aspirar.

Yo también tuve la tentación de caer en esa trampa. Cuando era jovencita busqué desesperadamente la manera de compaginar mis anhelos feministas con la religión de mis padres. Todavía era creyente, todavía no se me había caído la venda de los ojos. Reiviqué mi derecho a trabajar invocando la vida de Mahoma y de su primera esposa, descubrí que algunas de las normas que me imponían no se sustentaban en el islam, y eso me sirvió como paso transitorio hacia la demanda total y absoluta de emancipación en cuanto persona adulta. Si decidí que el islam no estaba hecho para mí y que como mujer no podía aceptarlo fue precisamente porque cuando busqué la verdad encontré algo que como feminista no puedo ignorar: que la religión de mis padres es un manual de sumisión de la mujer al poder masculino, una limitación de mis derechos fundamentales. Por más abierta que pueda ser la lectura del Corán o de los hadices, por revolucionaria que pueda ser la interpretación que se haga de ellos, todavía no he encontrado a ninguna experta en la materia que me diga que dejar el islam no trae consecuencias y que no arderé en el fuego eterno. No he encontrado ninguna interpretación que defienda la libertad sexual absoluta de las mujeres por el simple hecho de que como adultas independientes y emancipadas tienen derecho a hacer lo que les dé la gana con sus cuerpos.

No, las feministas islámicas y los numerosos hombres que se han sumado a ellas, entusiasmados con la idea de captar nuevas adeptas, nunca han defendido que valgo lo mismo con himen que sin él, con pañuelo que sin él, enseñando el cuerpo o tapándolo. Nunca han reivindicado que tengo derecho a acostarme y a juntarme con quien quiera independientemente de la religión que cada cual profese. Nunca han dicho una sola palabra a favor de todas las que hemos sido expulsadas del «nosotros» de origen por reclamar nuestros derechos, por querer hacer

lo que buenamente considerábamos justo. Es la paradoja de esta corriente: gasta todas sus energías en defender el islam, pero nunca defiende a las mujeres musulmanas; a las que hemos decidido dejar de serlo y también a las que no quieren que su vida gire exclusivamente alrededor de sus creencias; a las que, siendo musulmanas, optan por serlo a su manera, sin que imanes, conferenciantes con velo o expertas en la materia les expliquen amablemente cómo deben comportarse para ser buenas musulmanas.

El feminismo islámico no es feminismo, es islamismo blanqueado con una capa seductora de feminismo. No debería tomarse como representativo a menos que hayamos decidido que cuando eres musulmana prevalecen los muros de un feminismo relativo, determinado, acotado a lo que nos toca por origen. Será la confusión o la ignorancia, pero es bastante fácil encontrar personas no musulmanas que consideran a esta corriente como una más, equivalente al feminismo occidental. Y yo, que llevo toda la vida reivindicando un feminismo laico occidental, pero también el de pensadoras de países musulmanes como Nawal el Saadawi o el de muchas otras militantes de izquierdas que han sufrido en primera persona toda clase de persecuciones por defender la igualdad sin condiciones, ahora me encuentro con que el feminismo islámico se acepta en todas partes como representativo de la diversidad y del multiculturalismo. Y, por supuesto, también el pañuelo. Hoy en día, si quieres parecer inclusivo, pon un pañuelo en tu cartel electoral.

Una de las formas más rebuscadas que adopta este islamismo *feminismizado* que es en realidad el feminismo islámico es la del feminismo descolonial. Según esta corriente, hay un feminismo llamado blanco occidental, que más que una propuesta de emancipación de las mujeres sería un instrumento de dominación colonial. Tras años de lucha contra el racismo biologicista que sentó las bases de las diferencias raciales, resulta que ahora se nos vuelve a colocar en compartimentos separados por la vía del activismo anticolonial: si eres negra, para aquí; si eres musulmana, para allá; si eres blanca, más vale que te calles porque eres una privilegiada que somete a las demás mujeres. Tu feminismo no me vale porque soy diferente de ti, mis reivindicaciones no tienen nada que ver con las tuyas.

No hace mucho, me encontré con una mujer muy preocupada porque quería acercarse a las mujeres marroquíes, pero ella, en cuanto mujer blanca privilegiada —esas fueron sus palabras—, no sabía cómo dirigirse a ellas. Me sorprendió mucho descubrir por primera vez que la validez del discurso feminista no era aplicable a cualquier realidad, a cualquier lugar, a cualquier mujer. Esta manera de entender el feminismo ha hecho furor en los últimos tiempos: que cada una se ocupe del suyo. Del feminismo descolonial, del negro, del gitano y, por supuesto, del islámico. Y yo no puedo sino observar y leer estupefacta porque creía que la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres y la reivindicación de la dignidad de estas últimas traspasaba todas las fronteras y todas las realidades geográficas, que era una cuestión de derechos universales. Creía en lo que explica muy bien la filósofa Amelia Valcárcel en su libro *Feminismo en el mundo global*, esto es, que la agenda feminista está abierta en una página diferente en cada lugar y lo que cambia no son las demandas feministas, sino la forma concreta en que se articula el machismo.

Pero ahora resulta que me encuentro con discursos que afirman que el enemigo de algunas mujeres no es el patriarcado ni los hombres machistas, sino la mujer blanca occidental, un monstruo inventado que tendría el objetivo maléfico de acabar con la diversidad cultural de las mujeres que no son como ellas imponiéndoles su feminismo etnocéntrico y alienante. No es una novedad. En las conclusiones del congreso de feminismo islámico que he mencionado antes ya se

decía que no se podía aceptar un discurso único y etnocéntrico sobre el feminismo y que hay que hablar de «feminismos».

Me resulta realmente sorprendente esta acusación contra las mujeres occidentales, la considero absolutamente injusta. Cuando empecé a tener inquietudes como mujer, cuando empecé a pensar en mí misma como tal y a tomar conciencia de la injusticia flagrante en la que vivía —no solo yo, sino también todas las mujeres con las que me crie—, solo las *mujeres blancas occidentales* me tendieron la mano: maestras, amigas, conocidas que llevaban tiempo luchando por sus propios derechos y no querían que fueran solo para ellas. Consideraban que la lucha feminista era universal y deseaban compartir con nosotras los adelantos que habían conquistado con muchos sacrificios y esfuerzo. Nunca se les pasó por la cabeza dejar de reivindicar la igualdad para nosotras por respeto a nuestra *cultura*. Digan lo que digan, en las mujeres blancas occidentales yo he encontrado solidaridad, ayuda y comprensión, un apoyo imprescindible sin el cual ahora no estaría aquí escribiendo todo esto. Pero hay nuevas feministas que pretenden hacerme creer que no, que las blancas occidentales son las culpables de mi malestar porque me oprimen en cuanto perteneciente a una minoría, que me quieren imponer sus valores porque se sienten superiores a nosotras. ¡Las mujeres! Y se inventan toda una retórica sobre su papel colonial, porque, como todo el mundo sabe, las conquistas coloniales iban encabezadas por las feministas radicales. Pues no, mujer, no es así, seas musulmana, negra, gitana o cualquier otra cosa, lamento decirte que tu enemiga no es la mujer blanca occidental. Tus enemigos son el patriarcado que te maltrata, el polígamo al que le importa muy poco el daño que te provoca el hecho de que se case por segunda vez, el jefe que te paga un sueldo más bajo que a tu compañero de trabajo, el padre que vela por tu virginidad, el hermano que te vigila para que no te tomes una caña en la plaza ni hables con chicos, el marido celoso que te pide explicaciones por cada paso que das, el que te persigue por la calle porque vas destapada y provocando. Lo siento, chicas, pero os equivocáis: vuestro enemigo no es la señora que os pregunta por qué lleváis pañuelo, vuestro enemigo es el hombre que se cree con derecho a violaros por el simple hecho de ser mujeres. Si os parece una idea muy blanca, muy occidental, peor para vosotras, la historia va como va, y resulta que, en lo que respecta a derechos conquistados, las occidentales nos llevan la delantera. No de buenas a primeras, no sin antes haber sudado sangre y haber perdido mucho por el camino.

Respetar de verdad la diversidad es ser solidarias y hacer extensivas al resto de las mujeres las conquistas occidentales, no empezar de cero en cada lugar para desarrollar un feminismo propio ni resistirse a la igualdad como rasgo diferenciador.

Lo que realmente hacen las que se erigen como portavoces de unos determinados colectivos sin que nadie las haya elegido es resistirse al feminismo en sí, no a la dominación del grupo hegemónico. Reclaman, desde un resentimiento feroz, que se respete la singularidad de su forma de vida en cuanto esencial y definidora de lo que son, pero lo curioso es que esta reivindicación aparece solo cuando están en juego los derechos de las mujeres. Por lo visto la igualdad puede esperar o supeditarse a otras luchas. La interseccionalidad que a menudo defienden no hace más que sepultar el vector de género bajo los demás vectores. O todavía peor, interseccionan su presunto feminismo con el patriarcado religioso que es el islam. ¿Interseccionar clase y género? Aún. Pero ¿feminismo y machismo? Que alguien me explique cómo se resuelve esta contradicción.

Ahora también ha surgido la corriente del feminismo descolonial en clave islámica. La teoría es la misma: Occidente ha colonizado el mundo musulmán y ha querido imponerle unos valores que le son ajenos. Las partidarias de esta opción, algunas con mucha audiencia, inexplicablemente impulsadas por instituciones gubernamentales, defienden que el islam no es una creencia que puede profesarse o rechazarse, sino que convierten la religión de Mahoma en un hecho esencial. Según ellas, las mujeres somos esencialmente musulmanas, como si lo hubiéramos sido desde siempre y como si la vida antes de la colonización hubiera sido fantástica y maravillosa. Reclaman el derecho a desarrollar un feminismo propio de raíz islámica al que ya ni siquiera llaman islámico porque eso supondría ceder a las demandas colonizadoras. Según esta corriente, no es necesario decir que el islam es feminista porque el islam conlleva la idea de igualdad. También hablan de la necesidad de resistir, desde el punto de vista de la religión, en las sociedades donde son minoría. Según estas pensadoras, el hecho de preguntar a una mujer por qué lleva pañuelo ya es un acto colonialista, criticar al islam es racista y reivindicar las conquistas de las mujeres occidentales es una actitud que roza el supremacismo.

No es extraño que haya surgido esta corriente. El feminismo siempre ha tenido detractores que se han organizado para desprestigiarlo. Cuando las primeras mujeres salieron a reclamar sus derechos fundamentales se las acusó de no ser mujeres, de querer ser como los hombres; cuando reivindicaron la libertad sexual, se las llamó putas; cuando denunciaron el acoso, se las acusó de ser puritanas. Cuando el feminismo se difunde por todas partes y las mujeres de todo el planeta reclaman las libertades de las occidentales, surge la acusación de ser colonizadoras. Pero, como ya he dicho, todo el mundo sabe que las impulsoras de las conquistas coloniales fueron mujeres feministas que pretendían difundir su mensaje, mujeres cuyo principal objetivo no era luchar contra sus propios sistemas de discriminación, sino imponer sus ideas a las mujeres de otros países, pues eran las feministas las que encabezaban las guerras de conquista y dominación. Que Simone de Beauvoir se manifestara en contra de la colonización de Argelia es una anécdota que nadie menciona cuando se trata de emitir acusaciones contra las *blancas occidentales*.

Vivimos tiempos de reivindicaciones, de reivindicaciones cada vez más específicas. Ya no es suficiente con ser feminista sin más, hay que añadirle un adjetivo a la cosa. Además, importamos estructuras de luchas de otras sociedades, en especial, la americana. Cuando leemos a las pensadoras afroamericanas, llegamos a la conclusión de que a nosotras nos pasa lo mismo, que los musulmanes europeos somos como los negros americanos. A lo mejor tiene algo que ver con la banalización de los tiempos, pero dudo mucho que el nivel de segregación, violencia y discriminación que viven los afroamericanos sea comparable con lo que hemos vivido los musulmanes en Europa. En todo caso, el color de la piel no se puede comparar con la religión, son dos elementos que se sitúan en planos diferentes. Ser negro y ser musulmán son dos vectores distintos, por más que los carteles publicitarios muestren a una chica afro al lado de otra con pañuelo. Sobre todo porque la afro representa la necesidad de dar visibilidad a lo que eres de nacimiento, algo que forma parte de tu anatomía, mientras que el pañuelo es precisamente todo lo contrario, es cubrir algo con lo que naciste.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo hemos llegado hasta el punto de, para recuperar la propia dignidad, reivindicar una característica que ha sido perseguida por los blancos y al mismo tiempo defender el instrumento que impone a las mujeres musulmanas renunciar a esa característica? Pues porque equiparamos el pañuelo con el pelo afro y la negritud con la religión,

sin recordar que el islam es una estructura de dominación en sí misma. Debe de ser la posmodernidad, pero esta yuxtaposición de elementos, tan guay, tan alternativa y diversa, la del pañuelo y el afro, es una constatación más de las grandes contradicciones que vivimos hoy en día.

La mujer blanca occidental no es enemiga de ninguna otra mujer, así que no le digáis que todo aquello por lo que ha luchado, y que le ha costado sudor y lágrimas, no vale nada. Y no me vengáis con que mi problema es la vecina rubia cuando me costó Dios y ayuda encararme con mi padre, el imán, mi primer marido y todos los hombres que han pretendido tener derecho a decirme lo que debía hacer solo porque soy mujer. A lo mejor estoy colonizada, pero ¿sabéis qué?, puestos a escoger, prefiero la colonización liberadora que la castración perpetua del patriarcado, aunque sea el propio.

El racismo es un machismo

Hay un elemento que no he tratado en lo que he explicado hasta ahora: el racismo. Alguien podría replicar mi discurso diciendo que el racismo contra los musulmanes es una realidad y que parece que escribo desde un lugar idílico donde las hijas de las familias musulmanas pueden llevar a cabo la revolución feminista sin preocuparse de los embates del rechazo que sufren en cuanto *otras*. Pues no, todo lo que he afirmado hasta ahora lo digo plenamente consciente de que la extrema derecha puede instrumentalizar mi feminismo en mi contra. Que no mencione la discriminación no significa que no la haya vivido. Yo también he tenido que hacer mucho más que mis compañeros no musulmanes y no inmigrantes para demostrar que valgo lo mismo, también he tenido que conformarme con trabajos que los autóctonos no querían hacer, he vivido la segregación administrativa que supone no tener la ciudadanía plena, he visto insultar a personas cercanas a mí por su aspecto, he entrado en tiendas en las que me han dicho que no tenía dinero suficiente para comprar lo que vendían, he visto la cara de asco que provocaban mujeres a las que quiero mucho por el simple hecho de llevar pañuelo. Y todavía me mandan a mi país cada dos por tres.

Hace muchos años que convivimos con discursos de odio, discursos xenófobos y racistas que hacen una descripción del islam grotesca, cargada de estereotipos rancios y verdades a medias o mentiras inventadas. Mucho antes de los atentados del 11-S, del 11-M o de los más recientes de Francia y Cataluña, ya nos decían que nunca podríamos ser ciudadanos europeos por culpa de nuestra religión de origen. Para demostrar este esencialismo, los racistas siempre van a parar al mismo sitio: a la discriminación que sufrimos las mujeres que venimos de tierras musulmanas. Algún incauto podría creer que las mujeres tenemos mucha suerte al contar con la solidaridad de la extrema derecha, que ellos nos defenderán del machismo y facilitarán nuestra emancipación y la conquista de la plena libertad a la que aspiramos. Pero eso, evidentemente, no es así, ya que el racismo solo saca a colación la cuestión de la discriminación de las mujeres para legitimar sus posturas, no para luchar a favor de sus derechos. De hecho, la solución que proponen siempre es la misma: la expulsión en masa, la restricción de nuestro acceso a las ayudas públicas, incluso aunque nos correspondan por ley, la negación de todos nuestros derechos ciudadanos y confinarnos en ese prejuicio según el cual nuestra sangre es incompatible con las sociedades occidentales avanzadas.

Los racistas disfrazados de feministas abundan, hoy más que nunca, gracias a las redes sociales, espacio de impunidad cuando se trata de hacer discursos de odio y difundirlos. En este espacio virtual ha aumentado, de manera exponencial, el rechazo expresado con virulencia hacia

cualquier persona relacionada con el mundo árabe-musulmán, incluso si la persona en cuestión ha nacido aquí, como en el caso de muchos hijos de la inmigración. Las críticas al islam que se realizan desde estos sectores no se basan en argumentos fundamentales, sino que son simples proclamas cargadas de ignorancia, odio y tópicos repetidos una y otra vez para convertirlos en verdades. Las noticias falsas también suelen tener como protagonistas a personas de origen musulmán.

El rechazo y el odio viscerales al moro existen y las mujeres también los sufrimos, o especialmente las mujeres. En la mentalidad del racista, las mujeres que pertenecen al islam merecen ser relegadas a un segundo plano tanto por su religión como por su procedencia, de manera que todas las que somos consideradas *mujeres musulmanas* acabamos sufriendo una doble discriminación. Y, más aún, para mantener la construcción tópica según la cual las mujeres musulmanas somos sumisas por defecto, la extrema derecha se esfuerza en hacernos callar, en silenciar la voz de las que nos hemos posicionado en contra del machismo, intenta fingir que no existimos ni nosotras ni toda la larga tradición de feministas laicas que trabajan desde hace décadas en los países musulmanes. Los racistas nunca hablan de las militantes que han pagado un precio elevadísimo por querer cambiar la sociedad en la que viven, no vaya a ser que se abra una fisura en ese sólido constructo de subdesarrollo, fanatismo religioso, sumisión y conformismo que es, según ellos, el sujeto *mujer musulmana*. Por desgracia, no es solo la derecha racista la que se obstina en obviar deliberadamente las voces contestatarias con el islam, sino que últimamente la izquierda, por diversos motivos que explicaré más adelante, también ha caído en esa trampa.

Ante ese rechazo, muchas chicas jóvenes se han situado en una posición de autodefensa: ¿os molesta mi religión?, pues seré más religiosa que nunca. ¿No queréis oratorios?, pues abriremos todos los que podamos. ¿No os gusta mi pañuelo?, pues no solo me lo pondré, sino que haré de él mi bandera y proclamaré a los cuatro vientos que es liberador porque protege mi cuerpo de las presiones que soportan las mujeres occidentales.

A las chicas que reaccionan al rechazo adoptando esta postura de resistencia les diría: ¿en qué queda tu libertad de elección si eliges condicionada por lo que dicen los racistas? Si tu padre, tu hermano y tu marido no han conseguido que te pusieras el pañuelo, ¿por qué permites que te lo imponga el xenófobo? ¿De verdad no existe otra manera de luchar contra el odio que asumir y adoptar de tu cultura de origen justo lo que más te perjudica como mujer? A mí, no me cabe duda, me parece otra trampa. Lo siento, pero debo decirte que si abrazas la discriminación de la mujer como rasgo de identidad para defenderte del racismo estarás rindiéndote a ambos, al machismo y al racismo. No te equivoques, el xenófobo nos quiere en casa, tapadas, sumisas, encerradas en la esencia que ha ideado para nosotras. Si os queda alguna duda, solo tenéis que observar la reacción de los hombres musulmanes cuando sus homólogas femeninas defienden con firmeza la religión: aplauden entusiasmados porque ya no tienen que imponer su ley. Ahora, para defendernos de los racistas, ya nos la imponemos nosotras mismas.

La izquierda y el islam: amistades peligrosas

De un tiempo a esta parte, algunos medios de izquierdas se han llenado de mujeres con pañuelo que enaltecen las virtudes de la religión de Mahoma y de expertos en la materia que defienden sus bondades. Confieso que me provocan gran perplejidad: ¿en qué momento la izquierda ha dejado de ser laica para convertirse en confesional? A lo mejor no me lo explicaron bien en el colegio, pero tenía entendido que la izquierda suele velar por la separación entre Estado y religión. De hecho, en el caso español, sigue luchando contra las injerencias de la Iglesia católica en la política en lo relativo a temas como el aborto. Cuando se trata del islam, en cambio, se ve que estas prevenciones desaparecen porque hablamos de una minoría, de diversidad, y esta debe ser respetada y protegida por los estamentos gubernamentales. ¿Hay algo más inclusivo que invitar al islam a que forme parte de la sociedad actual? En realidad, esta es otra forma de racismo: condescendencia y paternalismo hacia *el otro*. Mientras que lo que quiero para mí, para la mujer de aquí, es poder participar en la procesión del coño insumiso gritando «fuera vuestros rosarios de nuestros ovarios», para las *otras*, para las mujeres de allí, organizo talleres de pañuelo y leo el Corán para comprender su religión; mientras que yo deconstruyo el género, utilizo la flexión neutra y afirmo que no hay necesidad de definirme ni como hombre ni como mujer, para las musulmanas reivindico el derecho a ir por la calle tapada como un fantasma y tacho de racista a cualquiera que se pronuncie en contra de esa aberración que es el burka. Y juzgo con dureza las declaraciones de los obispos machistas y retrógrados, pero escucho atentamente las palabras de cualquier imán elegido al azar sin contradecirlas.

Es muy frecuente que, sobre todo después de un atentado, se invite a los platós de televisión y a los medios de gran difusión a mujeres con pañuelo e imanes para que hablen en nombre de una presunta comunidad de la que se autoproclaman representantes. Pero eso no es lo peor, lo peor es que algunos periodistas, en momentos tan sensibles, dejan de ejercer su papel crítico y compran los discursos de sus entrevistados sin ponerlos en duda. Los que intervienen se aprovechan del desconocimiento del público en general para soltar afirmaciones sesgadas, verdades a medias o simples mentiras sin que nadie se las rebata. Que hablen de lo suyo y nosotros los escuchamos, esa es la actitud que se ha impuesto en los últimos tiempos. Que el hecho de ser musulmán sea un requisito imprescindible para poder hablar del islam ya es una actitud generalizada, incluso en el seno del feminismo: no caeremos en la trampa de hablar en nombre de las *otras*; así se traza una línea divisoria que tanto nos hemos esforzado por borrar. Vuelven a dejarnos solas en la tribu. Nosotras no nos entrometeremos, sería racista.

Los que quieren hacer política con la religión lo han conseguido. Han conseguido silenciar las críticas al islam recurriendo al chantaje, incluso en cuestiones de género. Como no podemos hablar en su nombre, dicen algunas feministas que se preocupan por no herir la sensibilidad de las *otras mujeres*, cuando se hable sobre el islam, el pañuelo y otros tantos temas solo escucharemos la opinión de las musulmanas. Parece ser que la igualdad, la no discriminación o la libertad dejan de ser temas prioritarios cuando entra en juego el respeto por lo *diferente*. Y encima, a ello se añade la confesionalidad como elemento que legitima todas las opiniones, aunque sean evidentemente machistas. Si no eres musulmana, calla.

Es decir, una teocracia en toda regla, aunque acotada a la *comunidad*. Qué suerte tenemos de vivir en una sociedad tan sensible a las diferencias, qué grado tan elevado de inclusión. ¡No vaya a ser que alguien se queje! ¿De qué debería quejarme? ¿De constatar que después de haber abatido el muro espeso del patriarcado religioso que pretendía silenciarme, obligarme a ir tapada y confinarme dentro de los límites de la tribu ahora resulta que no soy representativa porque no soy lo suficientemente diferente, lo suficientemente musulmana, no voy bastante tapada, soy una feminista sin adjetivos que cree que la defensa de los derechos de las mujeres no puede estar condicionada por la religión?

Si solo las mujeres musulmanas pueden hablar de las mujeres musulmanas, ¿por qué no aplicamos este supuesto al resto de la población? Si hablamos de aborto, por ejemplo, ¿solo debo tener en cuenta la opinión de las mujeres cristianas católicas porque si realmente tengo la intención de respetar la religión de las *otras* no puedo basarme en lo que digan las no creyentes? ¿Es así? ¿A esto hemos llegado? ¿A convertir el espacio público de debate en una teocracia cuando se trata de musulmanes? ¿A fomentar el uso del pañuelo para vernos más guapos ante el espejo, más integradores, más tolerantes, más guay que nadie? Porque de eso se trata, de sentirnos superiores por el simple hecho de tolerar lo que la derecha ataca sistemáticamente por puro racismo. Los de izquierdas somos mejores, no discriminamos por motivos de origen, raza ni religión. Pero, claro, si al *otro* no se le nota la diferencia, si no lleva puesta su religión, ¿cómo demostraremos al público nuestra superioridad moral? Si no puedo sacarme una foto al lado de una chica con pañuelo, ¿cómo sabrá la derecha que soy inclusivo?

La verdad es que no sé si se trata sencillamente de una confusión o de un nuevo cinismo, pero la izquierda que defiende la separación entre Estado y religión para los *autóctonos* y la pone en duda cuando se trata de los *otros* juega con fuego en lo que a la noción de ciudadanía se refiere. La separación es imprescindible para garantizar los derechos y las libertades de las personas, independientemente de la religión que profesen. Toda la clase política, pero sobre todo la izquierda, adepta a la tradición laicista, debería evitar el riesgo de que dentro de las sociedades democráticas se configuren, en nombre del respeto a la diversidad, pequeños grupos paralelos en los que no rigen las normas generales o en los que estas se ponen en tela de juicio en nombre del respeto y de la diversidad. No es extraño ver cómo, en nombre de esta inclusión, algunos sectores de esta izquierda compran discursos incluso fundamentalistas. Y recordemos que no estamos solos en el mundo. El islamismo cuenta con instrumentos muy poderosos para difundirse, uno de los cuales consiste en explotar el sentimiento de culpabilidad de la izquierda con respecto al racismo para ir esparciendo oratorios, musulmanes en las instancias de poder y discursos machistas disfrazados de feminismo. No hay más que recordar que, en nombre del respeto relativista a la diversidad, en la década de los setenta se llegó a defender la ablación del clítoris. No se pueden

censurar ni sofocar las críticas al islam en nombre de la lucha contra la islamofobia. Ni tampoco abandonar en la tribu a las mujeres que hemos luchado en su contra. Cuando últimamente he expresado mi rechazo por una religión que denigra a la mujer, me han dicho que era mejor que hablara yo porque mis interlocutoras, en cuanto *feministas blancas occidentales*, no podían opinar sin parecer racistas.

De manera que este es el panorama actual. Tras décadas de solidaridad entre feministas de una y otra orilla del Mediterráneo, de Oriente y de Occidente, autóctonas y de acogida, ahora resulta que nos quedamos solas dentro de nuestras magníficas comunidades. En este sentido, el islamismo fundamentalista, que siempre ha tenido como objetivo establecer un cordón sanitario alrededor de las mujeres que considera suyas, las que hemos nacido en familias musulmanas, está consiguiendo su objetivo gracias al relativismo, a los complejos de la izquierda y al activismo reaccionario de algunas mujeres resentidas con la sociedad en la que viven. Estas mujeres ya no recuerdan lo que es la falta de la libertad porque han renunciado a ella voluntariamente. Alguien debería recordarles lo que es vivir en una sociedad realmente musulmana, y hacer que reflexionaran sobre si realmente los insultos y las agresiones por llevar pañuelo en tierras europeas son comparables con el sistema de discriminación salvaje en el que viven millones de mujeres en todo el mundo. Como estamos en la época de mirarnos el ombligo, olvidamos que lo que somos no es solo lo que somos a título individual, sino que formamos parte de un mundo globalizado en que lo que aquí es una opción se convierte en imposición en los países donde la religión es ley.

Como dice acertadamente la ensayista francesa de origen iraní Chahdortt Djavann en su libro *¡Abajo el velo!*, «a mí me gustaría que la vociferante defensa de la “elección” de las mujeres con velo y del “derecho al velo” por parte de “agentes progresistas” anduviera a la par con su defensa de las mujeres masacradas por no llevarlo». La autora franco-iraní también denuncia que el chantaje de la islamofobia consigue que la izquierda poslaica acomplejada acabe defendiendo a los fundamentalistas como víctimas del imperialismo, según la orientación del pensamiento descolonial antes citado. Olvidan, además, que el fundamentalismo islámico también es un colonizador poderoso que se está propagando no solo en los países musulmanes, sino también entre los practicantes de la religión de Mahoma en tierras occidentales.

En este sentido, estoy algo decepcionada, lo reconozco. Estaba preparada para el racismo puro y duro, el de vete a tu tierra, el que considera que el machista es el moro y que aquí hace tiempo que ya no lo somos, a que los racistas me dijeran que estoy condenada a la sumisión al hombre, a que me relegaran en el esencialismo rancio del tópico de la *mujer musulmana*, pero no estaba preparada para descubrir que la izquierda también volvería a meterme en el mismo saco, que serían partidos supuestamente feministas, laicistas y universalistas los que, a cambio de un puñado de votos —por ingenuidad o por cinismo—, acabarían diciéndome que la religión de la que hui es fantástica y maravillosa, que llevar pañuelo es moderno y subversivo y otras cosas por el estilo.

Por lo que parece, los derechos de las mujeres como nosotras han pasado a un segundo plano. Las que hemos pagado un precio altísimo por enfrentarnos al islam ya no contamos nada si no salimos a defenderlo. Mientras todavía hay niñas que no acaban la escolarización básica, otras a las que obligan a llevar pañuelo en preescolar sin que la administración rechiste, matrimonios forzados y numerosas víctimas de violencia de género sistemática, de acoso y presiones sobre sus cuerpos, mientras muchas chicas no pueden vestirse ni comportarse como quieren en los barrios

donde los *suyos* son mayoría, mientras pasa todo esto, ciertos medios progresistas ponen el énfasis en las virtudes del Corán y del islam y relativizan sus mensajes de discriminación.

Es una suerte haber sido adolescente en otros tiempos. Si, cuando tuve la crisis de identidad, en vez de acudir a mujeres que me hablaran de feminismo y del papel castrador de la religión o de buscar por mi cuenta material que me sirviera para sacudirme de encima siglos de opresión hubiera acudido a las redes y a los medios de comunicación en busca de referentes para definirme, como hacen hoy en día, habría tenido al alcance todas estas corrientes que me remitirían, una y otra vez, por la vía de la interseccionalidad, de la descolonialidad, del feminismo islámico, del fundamentalismo *fashion* y de la izquierda relativista, a la tribu, ahora, por lo que parece, terreno de innumerables virtudes.

Despierten de una vez, señoras y señores de izquierdas, racistas de ultraderecha, feministas inclusivas y jóvenes activistas: el islam es, en su conjunto, un sistema de dominación machista, una de las raíces más profundas del malestar que hemos vivido las mujeres que provenimos de tierras musulmanas. No hay nada que leer, nada que interpretar. No pertenecemos a ninguna tribu, a ninguna comunidad, no lograrán ustedes que volvamos tras la cortina del patio para defender una esencia inventada para justificar la absurda discriminación que sufrimos. Ahora que hemos tenido acceso al conocimiento, no tenemos intención de conformarnos con una libertad acotada, heredada del polvo antiguo de los viejos textos, limitada por las fronteras del *nosotros* o atrincherada en contra del rechazo. Es demasiado tarde: ahora que sabemos que existe, solo queremos la libertad absoluta.



NAJAT EL HACHMI (Nador, Marruecos, 2 de julio de 1979) nació en la ciudad marroquí de Nador y a los ocho años se trasladó a Vic donde residía su padre, que emigró antes de que ella naciera a Cataluña. En Vic creció y realizó su formación académica hasta llegar a la Universidad de Barcelona donde estudió filología árabe.

Escribe desde los once años, al principio como entretenimiento, pero poco a poco la escritura se fue convirtiendo en una vía para canalizar la inquietud de sentirse de dos sitios a la vez y en una manera de acercar estos dos mundos a los que pertenece.

En 2004 presentó su primer libro: *Yo también soy catalana*. Escrito en catalán y posteriormente traducido al castellano, se trata de un texto autobiográfico en el que abordó en profundidad su experiencia como inmigrante, la cuestión de la identidad y su proceso de arraigo en Cataluña, la lengua, la religión, las mujeres, el sentimiento de pérdida hacia Marruecos y su relación con el país de adopción.

El éxito le llegó en 2008 con *El último patriarca* que recibió el Premio Ramón Llull, el Prix Ulysse a la primera novela 2009 y fue finalista del Prix Méditerranée Étranger 2009. En el libro la autora ajusta cuentas con el machismo y la violencia de los jefes de familia anclados en el conservadurismo y la tradición por encima de todo, en contraposición con la historia de su hija, joven que busca la libertad desprendiéndose de un legado social que no ha elegido.

En 2011 publica *La cazadora de cuerpos* en el que la escritora da un giro a su obra con una novela erótica en la que relata la historia de una mujer que necesita cazar todo tipo de cuerpos — inmigrantes, compañeros de trabajo, ligues de discoteca o un revisor del tren, entre otros— para liberarse.

En 2015 publicó *La hija extranjera* con la que logró el Premio Sant Joan de novela, el tercer galardón literario mejor dotado en catalán y cuyo argumento se centra en el conflicto de identidades entre una madre y una hija.